



«VIVIR ES HACER MEMORIA DE MÍ»

Asamblea Internacional de Responsables
de Comunión y Liberación

LA THUILE, 28 DE AGOSTO - 1 DE SEPTIEMBRE DE 2010

Edita: Asociación Cultural *Huellas*

HUELLAS



«VIVIR ES HACER MEMORIA DE MÍ»

Asamblea Internacional de Responsables
de Comunión y Liberación

LA THUILE, 28 DE AGOSTO - 1 DE SEPTIEMBRE DE 2010

HUELLAS

En portada: Giovanni Serodine, *Cena de Emaús*, siglo XVII, San Pedro, Ascona © 2010.
Andrea Jemolo/Scala, Florencia
Para el título, véase L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*,
BUR, Milán 2010, p. 43, y aquí en p. 38.
© 2010. Fraternidad de Comunión y Liberación

Edita: Asociación Cultural *Huellas*

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN

Sábado 28 de agosto de 2010, por la noche

Todo el esfuerzo que nos ha costado llegar hasta aquí esta noche —muchos venís de muy lejos— expresa cuál es la naturaleza de nuestra necesidad. No sería razonable hacer este sacrificio si no fuese por la promesa de encontrar aquí algo que pueda hacernos volver a casa distintos. Y, sin embargo, puede ser que hayamos hecho todo este esfuerzo y estemos todavía adormecidos o faltos de conciencia. Por eso, la primera expresión de la conciencia de nuestra pobreza y de nuestro decaimiento es gritar al Espíritu que nos haga conscientes de toda nuestra necesidad, para que podamos estar disponibles a cuanto Él quiera donarnos como respuesta en estos días.

Desciende Santo Espíritu

Nuestra Asamblea Internacional de Responsables tiene lugar en un contexto cultural que describíamos en los Ejercicios de la Fraternidad con la frase de Charles Péguy: «Un mundo [...] después de Jesús, sin Jesús»¹.

El contexto eclesial está completamente dominado por una palabra que el Papa repite desde hace meses, y que nosotros no podemos olvidar a la hora de encontrarnos: la palabra “conversión”. Cuando fuimos a la plaza de San Pedro, nos dijo: «El verdadero enemigo que hay que temer y contra el que hay que combatir es el pecado, el mal espiritual, que a veces, lamentablemente, contagia también a los miembros de la Iglesia. Vivimos en el mundo —dice el Señor— pero no somos del mundo (cf. *Jn* 17,10.14), aunque debemos guardarnos de sus seducciones. En cambio, debemos temer el pecado y por esto estar firmemente enraizados en Dios, solidarios en el bien, en el amor, en el servicio. Es lo que la Iglesia, sus ministros, junto a los

¹ Charles Péguy, *Verónica. Diálogo de la historia y el alma carnal*, Nuevo Inicio, Granada 2008, p. 166.

fieles, han hecho y siguen haciendo con gran empeño por el bien espiritual y material de las personas en todas las partes del mundo. Es lo que especialmente vosotros intentáis hacer habitualmente en las parroquias, en las asociaciones y en los movimientos: servir a Dios y al hombre en nombre de Cristo. Prosigamos juntos con confianza por este camino, y que las pruebas que el Señor permite nos impulsen a una mayor radicalidad y coherencia. Es hermoso ver hoy esta multitud en la plaza de San Pedro, como fue emocionante para mí ver en Fátima la inmensa multitud que, siguiendo la escuela de María, rezó por la conversión de los corazones. Hoy renuevo este llamamiento, confortado por vuestra presencia, tan numerosa. ¡Gracias! Una vez más, ¡gracias a todos vosotros!»².

El Papa nos dirigió a los que estábamos allí presentes una llamada a la conversión precisamente en este contexto cultural y eclesial; porque también nosotros –como dice a menudo– sufrimos la influencia de esta situación. Sin conversión, también nosotros colaboramos a crear un mundo después de Jesús, sin Jesús. ¿Quién de nosotros no se siente interpelado por este reclamo del Papa?

Pensando en estas cosas, cayó en mis manos este verano, mientras preparaba los Ejercicios del Grupo Adulto, el texto de una lección de don Giussani, que lleva por título *Cada cosa: Misterio y signo*. Dice algo similar a este reclamo que nos hace el Papa: «En el Grupo Adulto [en la Fraternidad, en el movimiento], lo podéis comprobar ampliamente también vosotros, no hay nadie que niegue a Dios (¡porque en este caso le echaríamos enseguida!), pero sí hay gente como atontada, invadida por el sueño, o gente superficial, cuyo ánimo no vibra al pensar en el sentido de la vida, al reconocer que todo lo que sucede es una invitación a la relación con el Misterio»³. ¿Puede alguien escuchar estas cosas y no sentir que están dichas para él? De alguna manera, nosotros también participamos de este sueño, y sentimos que nuestro ánimo no está sacudido por el pensamiento sobre el sentido de la vida, por esta urgencia. El adormecimiento y la superficialidad con la que vivimos muchas veces –consecuencia de la influencia que tiene

² Benedicto XVI, *Regina coeli* del 16 de mayo de 2010.

³ L. Giussani, «Cada cosa: Misterio y signo», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio 1999, p. IV.

sobre nosotros esta situación cultural y social, y que por tanto también nosotros contribuimos a generar— es lo que nos permite entender que la conversión no es algo para los demás, no es un reclamo hecho a los demás, sino que es una urgencia ante todo para nosotros. Yo, por lo menos, lo siento así para mí.

Y don Giussani continúa con esta indicación: «Debéis tener iniciativa, debéis tomar iniciativa para que vuestra vida sea relación con Dios. En cambio, estamos atontados o somos superficiales, porque ignoramos esta cuestión, como si con estar allí, en casa [con estar en la Fraternidad, en el movimiento], ya fuera suficiente para tener la conciencia tranquila. De conciencia tranquila, ¡ni hablar! Si la casa [o la Fraternidad, o la comunidad, o el grupo de amigos] no se convierte en el comienzo de vuestra jornada, en un estímulo para vivir la jornada, no tendréis ninguna otra ocasión, ninguna relación que os centre en el hecho de que la vida del hombre es relación con el Misterio. Que el problema es ése, se oye decir sólo cuando pasa algo excepcional, cuando nos sucede algo extraordinario. Ahora bien, en lugar de “Dios”, utilicemos la palabra “vocación”. Nosotros vivimos los días sin tomar conciencia de nuevo, sin renovar la conciencia de nuestra vocación [de haber sido elegidos, del don que hemos recibido]»⁴. He aquí la gran caridad de don Giussani, que nos ayuda a identificar cuál es nuestro problema: «Ahora el mundo entero ha tirado por la borda, en un foso miserable, todo lo que los hombres habían recibido de quienes les precedían. Por eso nuestros problemas son angostos, no son totalizantes, son aislados. Os ruego que hoy hagáis el esfuerzo de rezar al Espíritu y a la Virgen —*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*— para que podáis entender, más allá de las palabras que estoy diciendo, el nexo que hay entre Dios, el Misterio, y nuestra vida: ¡Éste es el problema de los problemas!»⁵. Al escuchar estas palabras comprendemos lo distraídos que estamos. Si uno piensa en su jornada, ¿cuál es el problema de los problemas? ¿En qué se ocupa nuestra mente? ¿Cuál es nuestra preocupación dominante...? ¿Es éste el problema de los problemas para cada uno de nosotros?

⁴ *Ibidem* p. V.

⁵ *Ibidem*, pp. V-VI.

Ante esta situación del mundo y de la Iglesia, en la que nosotros participamos, nuestra única estrategia –como dice el Papa– es la conversión. Y el primer indicador de que estamos necesitados de ella es que sólo con escuchar la palabra “conversión” nos ponemos a la defensiva. Esto indica la necesidad tan grande que tenemos de ella. Vemos que se verifica en nosotros aquello que tantas veces hemos escuchado: «No existe ningún ideal por el cual podamos sacrificarnos, porque de todos conocemos la mentira, nosotros que no sabemos qué es la verdad»⁶. Para poder estar disponibles a la conversión hace falta algo tan verdadero, tan fascinante, tan atractivo que haga deseable este sacrificio.

Entonces, nuestra disponibilidad a la conversión juzga si conocemos realmente la verdad, si tenemos algo tan querido que podamos estar incluso disponibles para el sacrificio. Por eso debemos ayudarnos en primer lugar a conocer esta verdad (que nos permite no ponernos a la defensiva ya desde el inicio de la palabra “conversión”), porque es tan atractiva, tan fascinante que no queremos perdérsola. Y, ¿cuál es la verdad? «Dice Dios a través de la voz del profeta que en Cristo se realiza (pensad en la gente que estaba con aquel hombre, aquel hombre joven que obraba estas cosas): “Te he amado con un amor eterno, por eso te he atraído hacia mí [es decir, te he hecho partícipe de mi naturaleza], teniendo piedad de tu nada»⁷. No hay nada más original, más primordial que este amor, que está en el origen de todo lo que existe, y que por eso mismo es la verdad primera de nosotros mismos y de todo cuanto existe. Esto es lo primero que debemos mirar, debemos ayudarnos a mirar esto a lo largo de estos días para no defendernos de la palabra “conversión”.

Os leo este fragmento de una de las cartas que don Giussani escribe a su amigo Angelo Majo, que es en verdad consolador, porque puede abrazar cualquier situación en la que se encuentre cualquiera de nosotros en este momento: «No soy capaz, en esta oscura tarde de viento, atrio del invierno, de responder al estado de ánimo particular

⁶ A. Malraux, *La Tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, Paris 1926, p. 216 («Il n'est pas d'idéal auquel nous puissions nous sacrifier, car de tous nous connaissons les mensonges, nous qui ne savons point ce qu'est la vérité»).

⁷ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 239.

con el que me escribiste. Estoy demasiado cansado. Y lo único que siento –y mi fidelidad a los amigos más queridos es un símbolo experimental de ello– es que la esencia de la vida, de las aspiraciones, de la felicidad, es el amor. Un amor infinito, inmenso, que se ha inclinado sobre mi nada, y ha creado de ella un ser humano, un grano de polvo en cuanto al cuerpo, pero sin límites en la apertura ávida de verdad y de amor que constituye su inteligencia y su corazón. Un Amor infinito, enorme, que ha realizado el disparate de hacerme infinito como Él, a mí que, como ser creado, soy polvo finito»⁸. ¡Tenía veintitrés años cuando decía estas cosas!

Sea cual sea nuestro estado de ánimo, sea cual sea el malestar que tenemos, la dificultad que atravesamos, o la percepción que tenemos de nosotros mismos, nada puede detener este Amor infinito, enorme, que se ha inclinado sobre mi nada. Nada puede impedir el hecho de que ahora, en esta situación, hay Uno que, con un amor eterno, se inclina sobre tu nada, sobre mi nada, para darnos el ser.

«¡Es impresionante pensar en la infinita distancia que Dios ha superado respecto a nuestra nada! “Con amor eterno te amé”, dice la Biblia. “Te atraje hacia mí, te acogí apiadándome de tu nada”. ¡No hay una diferencia tan grande como la que existe entre el ser y la nada! Creo que éste es un aspecto de la conciencia que debe reavivarse siempre»⁹. Ésta es la iniciativa que don Giussani nos sugiere: debemos tomar iniciativa, porque esta conciencia debe reavivarse siempre si no queremos perderla y defendernos de ella. Pero a pesar de todo, como hemos visto en el trabajo de este año, nosotros vivimos muchas veces en la distracción, en el sueño. «Y más tarde, cuando el hombre menos se lo esperaba, cuando no podía ni siquiera soñarlo, cuando ya no se lo esperaba, cuando ya no pensaba en Aquél de quien había recibido el ser, éste vuelve a entrar en la vida del hombre para salvarla, vuelve a darse a sí mismo muriendo por el hombre. Se da por entero, don de sí mismo total, hasta llegar a: “Nadie ama tanto a sus amigos como quien da la vida por ellos”. Don total. Pero aquí encontramos un último matiz: lo que Cristo nos da al morir por nosotros –al morir

⁸ L. Giussani, *Cartas de fe y de amistad*, Encuentro, Madrid 2010, pp. 61-62.

⁹ L. Giussani, *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2004, pp. 13-14.

porque lo hemos traicionado— para purificarnos de nuestra traición, lo que nos da, es más grande que lo que se nos debía. [...] Amigos, para entender qué es la traición tenemos que pensar en nuestra propia distracción, porque es una traición pasar los días, las semanas, los meses... Por ejemplo, ayer por la noche, ¿cuándo hemos pensado en Él? ¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como Juan y Andrés pensaban en Él mientras lo miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él, ha sido por curiosidad, por análisis, exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como uno, enamorado de verdad, piensa en la persona de quien está enamorado (¡incluso en este caso es muy raro que suceda porque todo se calcula en función del interés!), puramente, de modo absoluta y totalmente desprendido, como puro deseo de bien...»¹⁰.

Cuando tenemos ante nosotros un testimonio como éste comprendemos verdaderamente a qué estamos llamados, en qué consiste la conversión y cuál es nuestra distracción, porque si no hay Alguien que tenga piedad de nuestra traición, de nuestra distracción, Alguien que se imponga con evidencia y atractivo potentes, nosotros no pensamos en Él como lo hacían Juan y Andrés mientras le escuchaban hablar.

Ésta es la verdad. La verdad no es algo abstracto, es ese Amor que se ha inclinado sobre nuestra nada, incluso sobre nuestra traición. Pero nosotros, al reducir la verdad a un conocimiento abstracto, inevitablemente reducimos la conversión a un moralismo, a algo que debemos generar nosotros, que debemos hacer nosotros. En cambio, la verdad es esta conmoción por nuestra nada. Sólo si dejamos entrar a Uno que se ha inclinado sobre nosotros, sólo dominados por esta conmoción que nos provoca, podremos dejar de defendernos del hecho de pertenecerle, podremos estar disponibles a esta iniciativa. Esto es lo que debemos pedir, porque el origen de esta iniciativa es una simpatía que genera Él mismo. Mirad lo que nos dice Giussani:

¹⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 237-238.

«A pesar de este ímpetu de simpatía o de crédito —que es justo, fundamental, y por eso me da pena añadir esta segunda nota sobre el hecho de que somos inadecuados; pero esto no debe asustarnos, porque nos indica un camino, no es una objeción—, es como si en el fondo permaneciésemos inadecuados a tal simpatía. Y no se puede aguantar durante mucho tiempo esta inadecuación, no se puede tolerar por mucho tiempo sin que sea objeto de trabajo, porque, en caso contrario, incluso la simpatía se desvanece»¹¹. Esta iniciativa no es un añadido, no es algo opcional: si no tomamos la iniciativa, si no respondemos a esta iniciativa en el momento en el que se despierta esta simpatía, ¡la simpatía se desvanece! E insiste: «Para librar esta lucha cotidiana contra la lógica del poder, para vencer día a día lo aparente y lo efímero, para afirmar la presencia constitutiva de las cosas, el destino de las cosas, que es Cristo, ¡qué clase de movimiento personal hace falta!»¹².

¡Hace falta un movimiento personal! Nosotros no “estamos aquí en regla” y basta. Amigos, estamos juntos para ayudarnos, para sostenernos delante de esta simpatía, para sostenernos en este movimiento personal, pues en caso contrario no somos amigos. Hace falta una conmoción que genere en nosotros este movimiento personal y que encuentre en nosotros una disponibilidad. Ésta es nuestra responsabilidad: convertir nuestra persona al Acontecimiento presente, a este Amor que se ha inclinado sobre mí, que me abraza incluso en mi traición. También para esta conversión vale la regla que don Giussani siempre nos enseñó: «Se trata de una pasividad que constituye mi actividad original, que es precisamente recibir, constatar, reconocer»¹³. Se trata de acoger conscientemente el amor de Uno que se ha inclinado sobre mi nada, que se inclina ahora sobre mi estado de ánimo, sobre mi traición, sin importar la situación en la que haya llegado, en la que me encuentre.

Entonces, podemos entender que no es tan difícil ceder a este abrazo, ceder a esta inclinación del Misterio sobre nuestra nada. No hay

¹¹ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 42.

¹² *Ibidem*, p. 194.

¹³ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 147.

que defenderse, es más, resulta difícil resistirse. Como he escrito a los amigos que han estado este verano de peregrinación en Czestochowa: la conversión es tratar de responder a la preferencia que el Misterio tiene por nosotros. Y si nosotros respondemos, si nos ayudamos en esto y nos sostenemos durante estos días, podremos contribuir a la renovación de la Iglesia para el bien del mundo.

TESTIMONIO

Domingo 29 de agosto de 2010, por la tarde

MARTA CARTABIA*

1. «UN MUNDO DESPUÉS DE JESÚS, SIN JESÚS»

Vivir en el corazón de Nueva York –como hemos hecho mi familia y yo el año pasado– es como entrar en ese mundo moderno después de Cristo, sin Cristo, que describe Péguy en el pasaje que se leyó en los Ejercicios de la Fraternidad. Es cierto que todo Occidente podría entrar en esa descripción, pero mientras que Europa parece todavía un campo de batalla para el desmantelamiento de una civilización cristiana que resiste todavía, lo que más impresiona en Nueva York es que este proyecto parece terminado. Como dice Péguy, lo han logrado. Me atrevería casi a decir que lo han logrado estupendamente. Querría partir de este «lo han logrado», porque desde el punto de vista de la experiencia, esto es lo primero que salta a la vista al llegar allí: uno se ve deslumbrado por este logro.

Lo han logrado: Nueva York es una ciudad maravillosa, la naturaleza es preciosa, es impresionante la obra del hombre, todo funciona, y de forma inexplicable consiguen convivir allí millones de personas de todas las razas, que hablan más de sesenta lenguas distintas –y aquí debo confesar que yo misma y toda mi familia nos vimos conquistados enseguida–. El secreto de este éxito –por lo menos así lo veía yo en mi condición de huésped, de habitante por un año– es que todos los aspectos de la vida están tratados con una gran profesionalidad: el “dios trabajo” da sus frutos. Esto tiene grandes ventajas: se vive bien, se pierde menos tiempo en organizar la vida, todo está muy cuidado, etc. Pero hay un pequeño problema que querría describir con este episodio tomado de mi vida universitaria. El nivel de las universidades americanas es excelente, y yo, sobre todo en los primeros meses, estaba entusiasmada

* Profesora de Derecho Constitucional en la Universidad de los Estudios de Milán-Bicocca.

con ello. Me impresionaba que hubiera tanto espacio y atención a la dimensión comunitaria de la vida entre profesores y estudiantes –casi completamente ausente entre nosotros–. La Universidad de Nueva York, en la que yo trabajaba, me parecía un paraíso: colegas de altísimo nivel, gran cordialidad y posibilidad de compartir el trabajo, despachos maravillosos, con obras de arte en las paredes y música clásica de fondo todo el día. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, escuchaba cada vez con más frecuencia a mis compañeros lamentarse de un cierto cansancio: «Tengo nostalgia de mi casa –me decían–, aquí me siento solo y miserable». Miserable. Impresionante. Ni siquiera Nueva York es suficiente para el corazón del hombre.

Después de Jesús, sin Jesús: el otro hecho que se percibe nada más llegar a Manhattan es la separación clara entre la vida pública y profesional y la dimensión religiosa.

Este punto hay que entenderlo bien, porque la realidad americana es compleja. Los americanos son en realidad muy religiosos, probablemente mucho más religiosos que nosotros los europeos, y hay también muchos “católicos practicantes”. Por ejemplo, era sorprendente ver a cientos de estudiantes asistir a la misa dominical en la universidad. Sin embargo, no había ni rastro de todos aquellos chicos durante la vida académica normal. Aunque la institución está muy atenta y bien dispuesta ante las asociaciones de estudiantes, especialmente ante las que tienen una base religiosa, en un año entero no he visto presentes ni una sola vez a esos cientos de jóvenes que abarrotaban la misa del domingo, no ha habido ningún juicio público ni signo alguno reconocible.

Entonces, ese “sin Cristo” no significa que falte la dimensión religiosa en la vida de las personas; sin embargo, por lo que he podido ver, se trata de una religiosidad invisible y carente de incidencia.

Un día, mientras leía un texto para mi trabajo, me topé con esta descripción de Ernest Fortin que encontré particularmente pertinente con respecto a esta situación:

«Nietzsche nos advirtió hace tiempo que *la muerte de Dios* era perfectamente compatible con una “*religiosidad burguesa*” [...]. Él no pensó en absoluto que la religión estuviese acabada. Lo que ponía en discusión era la capacidad de la religión de mover a la persona y

de abrir su mente [...]. La religión se ha convertido en un producto de consumo, en una forma de entretenimiento entre otras, en una fuente de consuelo para los débiles [...] o un dispensador de servicios emotivos, destinado a apagar algunas necesidades irracionales que ella es capaz de satisfacer mejor que cualquier otra cosa. Aunque pueda parecer unilateral, el diagnóstico de Nietzsche ha dado en el clavo»¹⁴.

Esta descripción expresaba claramente lo que tenía ante mis ojos, es decir, que una sociedad sin Cristo es esencialmente una sociedad que, sin que nos demos cuenta, atrofia nuestra relación con Cristo, la hace muda y carente de incidencia en nuestra vida personal y en la vida social, la reduce a momentos emotivos o sentimentales de religiosidad o, peor aún, a esquemas de comportamiento.

El aspecto tal vez más sorprendente es que todo esto sucede en la patria de la libertad religiosa: en este punto la Constitución norteamericana es un modelo para todos, como ha señalado muchas veces el Papa. Nada ni nadie prohíbe las expresiones públicas de la propia religiosidad, no hay ley ni reglamento alguno que lo haga. Lo que lleva a esta situación no es una persecución, sino sobre todo un conformismo. Nadie lo prohíbe, pero nadie se atreve a vivir abiertamente su dimensión religiosa como forma de toda la vida. Como decía Solzhenitsyn en 1978, en su famoso discurso en Harvard: en los países totalitarios se sufre una absoluta falta de libertad; en cambio, en los países occidentales la libertad existe y es impulsada al máximo, pero si se mira atentamente, se descubre que ella expresa siempre «unas orientaciones uniformes, en la misma dirección (la del espíritu de la época), unos juicios mantenidos dentro de unos determinados límites, aceptados por todos, y quizá hasta unos intereses corporativos comunes, con lo que el efecto resultante no es el de la competencia sino el de una cierta unificación»¹⁵. La sociedad en Occidente es una sociedad “sin Jesús” no tanto por la falta de libertad formal, jurídica o política, sino por un extraño conformismo que hay en nosotros, por el que la vida está gobernada por la mentalidad dominante del ambiente en el que nos encontramos.

¹⁴ E.L. Fortin, *The Regime of Separatism: Theoretical Considerations on the Separation of Church and State*, en Id., *Human Rights, Virtue, and the Common Good*, U.S.A., 1996, p. 8.

¹⁵ A. Solzhenitsyn, «Un mundo dividido en pedazos», discurso de graduación en la Universidad de Harvard, 8 de junio de 1978.

2. EL PODER Y LA REDUCCIÓN DE NUESTRA HUMANIDAD

Siendo consciente de este contexto, este verano me he quedado profundamente impresionada al leer los *Équipes* contenidos en la obra *L'io rinasce in un incontro*¹⁶. En todos ellos se refleja una preocupación constante, sobre todo desde el que lleva por título *Chernobyl* en adelante, por el hecho de que nuestra humanidad está expuesta a las radiaciones venenosas del poder y de la mentalidad dominante. Giussani veía en el “poder” o en la “mentalidad dominante” –los dos términos se usan muchas veces de forma indistinta– una amenaza seria y grave a nuestra persona, a nuestra experiencia y, de modo más profundo, a nuestra relación con Cristo: «El poder no puede impedir que se suscite un encuentro, pero trata de impedir que dé lugar a una historia»¹⁷, es decir, actúa sobre la prolongación en el tiempo, sobre la duración, sobre nuestra “permanencia”.

¿Cómo lo hace?

Debo decir que esto es lo que más me ha impresionado, porque es muy distinto de lo que yo pensaba sobre esta cuestión.

Voy a tratar de explicarme. Al considerar el clima cultural general, la civilización después de Cristo sin Cristo en la que vivimos, que tiene un odio evidente hacia la cristiandad, yo, creo que como muchos de vosotros, tenía en la mente una imagen del poder como algo externo a nosotros, algo que sustancialmente nos persigue. Tal vez por el tipo de trabajo que hago, he pensado a menudo que estamos atravesando un periodo de lucha, que somos incomprensidos por la mentalidad “liberal” o “radical” que está en la cresta de la ola. Digámoslo así, siempre he leído esta amenaza del poder, de forma apresurada y superficial, de modo “persecutorio”: muchas veces he pensado que yo pertenecía a algo “distinto” del resto del mundo, y por eso era atacada y a veces también penalizada. Muchas veces nos hemos repetido entre nosotros que somos irreductibles a las lógicas de la mentalidad común y de los distintos poderes culturales, intelectuales, económicos o políticos. Simplificando, y tal vez enfatizando un poco, diría que nuestra relación con “el poder” se ha entendido así en muchas

¹⁶ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987), op. cit.

¹⁷ *Ibidem*, p. 247.

ocasiones: el mundo, la sociedad, la política, son enemigos, porque ellos son el poder que nos quiere destruir.

Esta actitud tiene probablemente una parte de verdad, pero lo que me ha resultado más interesante de la lectura de *L'io rinasce in un incontro*, es que en estos *Équipes* Giussani tiene fundamentalmente otra preocupación: Giussani ve que el poder debilita nuestra fe, disminuyendo la estatura humana de cada uno de nosotros. Describe el poder como algo que penetra en nosotros, que hace que dejemos de desear a la altura de nuestra humanidad y empecemos a correr detrás del dinero, del éxito y del poder, dentro y fuera del movimiento. Como todos.

¿Cómo lo hace? Giussani lo dice con mucha claridad: reduciendo nuestro deseo. El poder reduce los deseos aprovechándose de nuestra inclinación natural a la “debilidad afectiva” y a la “distracción”. Y cuando el deseo está reducido, atrofiado, adormecido, vamos detrás de cualquier *ídolo*.

Cada edad y cada latitud tiene sus ídolos: trabajo, carrera, dinero, éxito afectivo, poder político o de cualquier otra naturaleza. De una forma u otra, vuelve a aflorar en nosotros y a dominar una posición humana por la que *nuestra consistencia está en lo que hacemos*, porque estamos demasiado ocupados en nosotros mismos. Es lo opuesto de ese Tú que domina, del que se hablaba en los Ejercicios de la Fraternidad: «Esta victoria del poder busca su espacio en nuestra vida diaria [...], aprovechándose de nuestra fragilidad ante lo cotidiano. [...] Por tanto, recordemos que en lo cotidiano nosotros servimos al poder o servimos a Otro, servimos al poder o al Misterio, que se sirve de nuestros brazos»¹⁸.

Así es como nos ataca el poder, no tanto (o no sólo) porque tiende a eliminarnos de la historia (quizá también por esto), sino, sobre todo, porque nos asimila a sí.

Por eso, como se decía en la introducción, también nosotros podemos contribuir al desarrollo de esta civilización después de Cristo, sin Cristo. También nosotros podemos, sin darnos cuenta, vivir con la misma lógica del poder, aunque sigamos haciendo las cosas del movimiento y de la

¹⁸ *Ibidem*, pp. 193-194.

Iglesia. Lo que más me impresiona es que incluso nuestras iniciativas –que tienen en su origen un impulso genuino que quiere responder sinceramente a una necesidad, o mejor, a Otro que llama a través de la realidad– están siempre expuestas al riesgo de convertirse en un juguete nuestro, en nuestro ídolo, algo en lo que apoyamos nuestra consistencia como personas. Y esto se entiende muy bien por el modo con el que las “gestionamos”: las iniciativas derivan en activismo, en un hacer agitado, como si faltase la conciencia de que hay Otro que obra realmente en la historia; en el fondo, nos medimos en base al éxito, como todos; cedemos a una autocomplacencia fastidiosa; nos cuesta tolerar la corrección; nos volvemos ideológicos y polémicos, y de este modo las iniciativas, más que una ocasión de testimonio y de presencia, degeneran en factor de división entre nosotros y con el resto del mundo.

Yo creo que Giussani quiere advertirnos de que el poder no es un riesgo sólo “para los demás”. El poder nos atrae de forma tremenda. Estamos expuestos verdaderamente a sus seducciones, y por eso podemos llegar a ser fácilmente una de las muchas facciones existentes: en la política, en el ámbito académico, en el mundo económico, y así con todo. Un bando entre los muchos que hay (y en estos tiempos, entre otras cosas, un bando fácilmente perdedor). Y así perdemos lo que nos caracteriza y nos hace distintos.

Seguimos combatiendo contra un enemigo que creemos que está fuera de nosotros, mientras que ya ha vencido el asedio, ha tomado nuestra humanidad.

Leyendo estos *Équipes* he creído comprender que el punto más delicado es que el poder nos seduce, haciéndonos desear lo que nos puede ofrecer, y haciéndonos dudar de todo lo demás. Estamos tan pendientes de nosotros mismos, del problema eterno de nuestra afirmación personal, que nos convertimos inevitablemente en presa del poder y actuamos en función de él. O domina en nosotros un Tú o domina la lógica del poder.

En ciertos aspectos, esta inclinación no supone una novedad ni un motivo de escándalo: forma parte de nuestra condición humana. Creo que el punto más problemático es tal vez que no somos suficientemente leales con esta tendencia que hay en nosotros y no

la juzgamos, reconociéndola como enemiga de nuestra humanidad. Tal vez no somos lo suficientemente conscientes de lo expuestos que estamos a las sirenas del poder. Es más, a veces nos consideramos exentos de esta tentación gracias al encuentro que hemos tenido y a la experiencia a la que pertenecemos. En este sentido, es impresionante la insistencia que hace Giussani en este libro sobre el trabajo personal (como se nos reclamaba también en la introducción a los Ejercicios), hasta el punto de que, para describir este trabajo, Giussani utiliza con frecuencia la imagen de la lucha, de la guerra, de la batalla¹⁹: «Para librar esta lucha cotidiana contra la lógica del poder, para vencer día a día lo aparente y lo efímero, para afirmar la presencia constitutiva de las cosas, el destino de las cosas, que es Cristo, ¡qué clase de movimiento personal hace falta! Es la persona que se hace valer ante la alienación del poder. ¡Un movimiento personal!»²⁰. Este trabajo cotidiano para liberarnos de los esquemas mentales del poder —dice más adelante— es un verdadero cambio de mentalidad, una *metánoia*²¹.

3. “EL PODER DE LOS SIN PODER”

El reclamo que nos hace don Giussani con respecto a la influencia de la mentalidad dominante y del poder corrige nuestro modo de relacionarnos con el mundo y con la realidad —el mío desde luego—. Para ilustrar esto me gustaría contaros una última cosa que se me ha hecho evidente durante este año en Nueva York, a partir de mi trabajo.

Como he señalado antes, durante los últimos años me he visto inmersa en distintas batallas y polémicas culturales. Casi siempre, completamente inmersa en esta lógica de la “batalla cultural”, me he movido esencialmente buscando aliados entre las personas más cercanas ideológicamente. Por decirlo un poco rudamente, buscaba a aquélos que pensaban como yo. En Nueva York esto no era posible: con una cierta sorpresa y no poco desconcierto, me di cuenta enseguida de que me encontraba trabajando en un ambiente más radicalmente “liberal” de lo habitual.

¹⁹ Como cuando describe las preciosas páginas sobre Gedeón, *ibidem*, p. 274.

²⁰ *Ibidem*, p. 194.

²¹ Cf. *ibidem*, p. 273.

La situación me empujaba a medirme verdaderamente con la “cultura dominante”, y no podía hacerlo repitiendo un esquema de respuestas, por muy justas que fuesen. Tenía que trabajar con otros, discutir continuamente en talleres y seminarios, exponer en público de forma periódica los resultados de mi investigación, escuchar las críticas y las reacciones de colegas y estudiantes, en un contexto profesional en el que estaba rodeada de personas mucho más renombradas y preparadas que yo, casi todas insertas en la corriente principal de la cultura de moda.

A mi favor sólo tenía una cosa, un único gran tesoro: esa forma de mirar al hombre que todos nosotros hemos aprendido de Giussani y de Carrón, siguiendo la vida del movimiento.

He tratado de poner esto en juego en mi trabajo, tanto en las relaciones como en los aspectos específicos de mi investigación.

Cuando el día de Pascua llegó la carta de Julián Carrón publicada en *la Repubblica* a propósito de la pedofilia, vi con claridad el camino del trabajo cultural que quería hacer: antes aún de buscar la respuesta justa a los problemas que tenía que afrontar, me interesaba comprender hasta el fondo la necesidad humana. Lo que más impresionaba de aquella carta es que no pasaba por encima de la necesidad de justicia (de las víctimas, de los culpables, de la sociedad), no la reducía ni la infravaloraba, en todo caso la amplificaba, hasta situarla de nuevo en sus proporciones originales. Aquella carta era distinta de cualquier otra posición, porque antes de buscar soluciones, se ocupaba de la exigencia humana que este triste asunto de la pedofilia había sacado a la luz. No se ponía a la defensiva, sino que se ponía totalmente de parte del hombre, aportando una novedad a la humanidad herida. Partía del hombre, y por tanto de su necesidad, mirada con verdad. Y si esto se podía hacer en el tema de la pedofilia —que es un problema bastante embarazoso— se podía hacer en todo. Don Giussani dice que en el encuentro, «cambia la lectura que hacemos de nuestras necesidades, [...] el encuentro vence la sugestión de la sociedad, vence la sugestión del poder [...]. Empezamos a leer nuestras necesidades según la verdad que hemos encontrado»²². Aquella carta “redefinía” la

²² *Ibidem*, pp. 362-363.

necesidad humana de justicia y restituía toda su amplitud, mirando la humanidad hasta el fondo. En aquel momento se me hizo evidente que nuestra diferencia no está en las respuestas distintas que podemos ofrecer, sino en la forma distinta, más profunda, más verdadera de mirar la necesidad humana. Vi con claridad que todos los reclamos políticos y sociales, aunque estén formulados de forma confusa, reductiva y en última instancia equivocada, pueden ser una gran ocasión para hacer un trabajo cultural que ya no puede limitarse a juzgar en términos de “acertado o equivocado”, sino que requiere la paciencia de estar ante la exigencia que tales reclamos expresan, que exige que las preguntas se tomen en serio y se comprendan hasta el fondo, antes incluso de empezar a dispensar respuestas.

La situación “de frontera” en la que me encontraba me hizo también cambiar completamente el método de trabajo: me di cuenta enseguida de que la oposición polémica no me llevaría a ninguna parte, como tampoco la pura apologética de la posición católica. Teniendo en los ojos la grandeza de la forma de mirar al hombre que aprendemos en la vida del movimiento, traté de buscar por todas partes huellas de humanidad en los autores que leía y en las personas con las que dialogaba. Lo más apasionante fue ir en busca de los reflejos de la verdad en todos los autores de cualquier posición, y empezar a construir a partir de ahí, buscando un lenguaje y unos argumentos comprensibles también para los no católicos. Si me hubiese limitado únicamente a “atacar”, liquidando apresuradamente la cultura mayoritaria, entrando “heroicamente” en polémica, creo que nadie me habría escuchado. La sorpresa ha sido darme cuenta de que este mundo tan secularizado puede ser una grandísima oportunidad, y que existe un deseo de verdad en muchísimas personas, más allá de cualquier barrera. Una de las novedades más bonitas de este año ha sido el descubrimiento de que se puede retomar la relación con cualquiera, pertrechados sólo con nuestra humanidad transformada por el encuentro que hemos tenido. Es verdaderamente admirable la promesa que describe Giussani: «Esa presencia te permite encontrar de nuevo la originalidad de tu vida. Paradójicamente, esta originalidad [...] la encuentras cuando te das cuenta de que tienes dentro de ti algo

que está también en todos los hombres, que te permite verdaderamente hablar con cualquiera, que no te hace ser ajeno a ningún hombre»²³.

No es que esto implique dejar de juzgar ciertos ataques a la humanidad que proceden de la mentalidad contemporánea. Pero hay algunas formas de hacerlo que, en mi opinión, están embebidas de la misma lógica del “poder” que se quiere combatir –y entonces nos rebajamos a ser una facción entre las demás, contrapuesta a todos y probablemente una facción perdedora en este momento histórico–. Pero existe otra forma: la que se documenta de forma emblemática en la carta sobre la pedofilia. Comparado con la potencia de los medios económicos, políticos y mediáticos que tiene la mentalidad dominante, este método parece poca cosa. Puede que sea un camino que no nos lleve a dominar la historia y la política de forma inmediata, pero pone los cimientos para construir y mueve a las personas –como nos recordaba Julián Carrón hace algún tiempo, utilizando la expresión de Giussani: «Las fuerzas que mueven la historia son las mismas que mueven el corazón del hombre».

Este verano he vuelto a leer un texto que solíamos leer más o menos en la misma época de los *Équipes* reunidos en *L'io rinasce in un incontro: El poder de los sin poder*, de Vaclav Havel. Tal vez alguien se acuerde del ejemplo del vendedor ambulante de fruta, que una mañana decide no volver a poner en su puesto los carteles con los eslóganes de la propaganda impuesta por el régimen. Havel se pregunta: ¿Por qué debería tener miedo el poder de un gesto tan banal? Un gesto aparentemente insignificante y carente de incidencia. Las amas de casa que van a hacer la compra –comenta Havel– se dan cuenta antes si faltan tomates o patatas que si faltan los carteles con los eslóganes del régimen. Sin embargo, ese vendedor de fruta y su familia serán perseguidos por el sistema, porque su gesto resquebraja el mundo de las apariencias de las que está constituida la ideología. El vendedor de fruta supone una amenaza para el poder porque, con su gesto de verdad, decide salir de la apariencia y de la mentira, y al actuar así arroja luz sobre la realidad que le rodea. Por este motivo, ese gesto puede tener consecuencias incalculables, porque tiene un potencial de comunicación y de difusión sin límite, y puede contagiar a un número imprevisible de

²³ *Ibidem*, p. 183.

hombres porque –como diríamos nosotros– corresponde al corazón del hombre. Como se ha dicho estos días, la partida se juega en el centro de la persona, pero tiene un alcance cósmico.

Entonces, ¿dónde puede verse la victoria de la fe, para nosotros que vivimos en este mundo después de Cristo, sin Cristo?

Creo que todos nosotros tenemos dentro esta pregunta y, como sucede a menudo, han sido algunos universitarios los que la han formulado con mayor lucidez. Al término de una conversación, uno de ellos me preguntaba: «¿Qué quiere decir en este contexto que “la fe sigue teniendo hoy día una oportunidad”? ¿Qué oportunidad podríamos tener?». Y otro me preguntaba: «Pero, en este clima cultural, ¿debemos contentarnos con el testimonio o podemos todavía pelear batallas culturales y políticas?». Estas preguntas me han dado luz, y me han hecho comprender qué idea tenemos de la victoria de la fe en el mundo, como se decía en los Ejercicios de hace algunos años. En el fondo, tenemos una idea parecida a la que expresa la canción de Chieffo, *Monólogo de Judas*: «y su reino no llegaba». Aquí también nos ofrece Giussani una lectura distinta: «No está escrito que los cristianos deban vencer. El problema es justamente éste: que vencemos siempre, incluso aunque siempre fuésemos derrotados, porque “vencer” es realizar una mayor humanidad, mientras que “ser derrotados” es no tener el poder. Como dijo una vez uno de vosotros en una discusión: “¡Nosotros aspiramos a una victoria sin poder!” Se refería a esto. Es la victoria de lo humano. Al afrontar la vida según la fe, nosotros ganamos en humanidad, nuestro gesto se vuelve más humano. Esto no significa que prevalezca nuestra acción en el campo político, económico, etc., no significa que nos hagamos con el poder»²⁴. Dios podría concedérselo, pero no está escrito que los cristianos tengan que ganar.

Personalmente, creo que esto me sitúa ante un desafío continuo en mi vida, incesante y siempre nuevo: afrontar todo a partir de la lógica del poder (de mis planificaciones, estrategias y alianzas) o a partir del reconocimiento de que Otro actúa verdaderamente en la historia, en mi historia personal y en la del mundo.

²⁴ *Ibidem*, p. 402.

TESTIMONIOS

Domingo 29 de agosto de 2010, por la noche

LUIGI GIUSSANI, DENIS, ROSE BUSINGYE

LUIGI GIUSSANI. Me llamo Luigi Giussani. Os preguntaráis por qué. Porque es el nombre del hombre que ha vencido mi oscuridad: él y don Carrón. Se han desvanecido mis días de oscuridad y todo se ha llenado de luz y de alegría.

Yo vivía un día oscuro de muerte. Mis padres murieron abrasados en un autobús mientras huían de los rebeldes que habían llegado a Kampala; yo me había quedado con mi tío, que también murió en un accidente en la fábrica en la que trabajaba. El mundo se había oscurecido para mí, y creía que yo sería el próximo en terminar así.

Había oído hablar del Meeting Point International, y me había preguntado si podía existir una vida nueva para mí. La vida se había terminado para mí, esperaba el momento de mi muerte, creía que la vida era sólo aquello que había visto y vivido. En el Meeting Point vi a jóvenes y viejos todos juntos, y tenía curiosidad por ver qué hacían. Allí alguien me vio y me propuso volver a la escuela, pero en la escuela no conseguía concentrarme, porque sólo escuchaba los gritos y las llamas en las que habían muerto mis padres. Rose me llevaba a la Escuela de comunidad, y allí me impresionó la palabra “valor”, pero me preguntaba qué tipo de valor podía tener yo cuando habían muerto mis padres y mi tío. ¿Acaso algo podía devolverme a mis padres?

Seguí estudiando en medio de estas dificultades hasta 2007. Aquel año vino a Uganda un hombre que se llama Julián Carrón. No recuerdo el día de mi nacimiento, pero recuerdo el día en que vino Julián: aquél fue el día de mi nacimiento. Carrón vino al Meeting Point y habló con los enfermos y con los niños. Recuerdo todavía aquella mirada que penetró en mi oscuridad. Mientras él hablaba, yo seguía su mirada: era como si la oscuridad de la muerte se hiciese cada vez más pequeña;

el corazón saltaba dentro de mí. Aquella noche no conseguí dormir, volví a casa y luego me fui a la escuela. Habían dicho que ese hombre estaría en la escuela Saint Vincent para tener una asamblea general con la gente del movimiento. Yo no sabía nada del movimiento, pero fui allí porque quería volver a ver esa mirada. Seguí aquella mirada y aquella mirada trajo la luz a mi interior; quería seguir a aquel hombre, quería estar con él toda mi vida. El corazón saltaba dentro de mí tan fuerte que me parecía que iba a explotar.

Entonces fui a ver a Rose, porque el único modo con el que yo podía estar con aquel hombre era recibir el bautismo. Yo creía que Rose bautizaba a la gente, pero me desilusionó un poco, porque no me bautizó; me dijo que me mandaría a un lugar a que me prepararan para el bautismo. Volví a la escuela, y también mis amigos tenían el mismo deseo, lo que me sucedía a mí también les sucedía a ellos. Nuestro corazón estalló en canto. Cantábamos juntos mientras hacíamos la catequesis. ¡Con toda esta alegría no estábamos mucho tiempo haciendo catequesis! Al final, fuimos bautizados (doce hombres y doce mujeres), y mi viaje comenzó aquel día. La mirada de Carrón ha disipado el terror de la muerte. Deseábamos lo mismo para nuestros compañeros de escuela, y entonces empezamos nosotros a darles catequesis. Treinta y ocho compañeros nuestros se han bautizado con la ayuda de Mauro y del padre Archetti. Queríamos comunicar la belleza que habíamos encontrado, la belleza de la vida que nos hacía cantar. Pedimos ayuda en la Escuela de comunidad; comprendíamos mejor la Escuela de comunidad cuando cantábamos. Entonces formamos el “Batallón de Carrón”, los “Alpinos de Kireka” en Uganda. Cantamos cantos alpinos. Algunos son hijos de soldados, que vienen de distintas situaciones negativas, pero estas situaciones han sido vencidas por la mirada de don Carrón. Ahora somos hombres y mujeres nuevos. Nosotros vivimos para decir que es posible vivir así.

DENIS. Me llamo Denis, tengo casi veinticuatro años, y estoy en el último curso de Estadística en la universidad. Perdí a mi madre cuando tenía ocho meses, me quedé con mi padre durante diez años, y luego murió

también él. Me crié con parientes y amigos. Ellos querían que yo fuese a trabajar como criado en sus casas. Mi hermano y yo pensábamos que la vida había acabado para nosotros. No teníamos esperanza, ni veíamos futuro alguno. Pero alguien vino a mi casa y me eligió. Esta persona era Rose. Pero cuando vino, yo tenía otra perspectiva de la vida, había otras personas que me elegían y me pagaban por el trabajo que hacía. Rose me preguntó si quería ir a la escuela. Le dije que sí. Me preguntó qué quería hacer, qué quería ser, por qué quería ir a la escuela. Le dije que quería licenciarme, hacer el doctorado, comprar coches bonitos, ser rico. Me dijo: “No olvides que tú eres infinito, y estas cosas no se satisfarán”. Yo creía que estaba de broma. Seguí adelante en la escuela con buenas notas, luego entré en la universidad, siempre con buenas notas, pero sentía que algo me faltaba.

Tenía algunos amigos protestantes, y traté de seguirles y de frecuentar su Iglesia para llenar este espacio, este vacío que había en mí, pero en su Iglesia me decían que tenía que ser buen chico, y así podría ir al paraíso. Pero en 2007 don Carrón vino a Uganda, empezó a hablar con muchos jóvenes, y yo estaba entre ellos. Dijo muchas cosas, pero dos de ellas me impresionaron especialmente: que Cristo es todo y que es interesante para la vida. Para mí esto era como una puerta nueva que se abría en mi vida. Sonaba algo nuevo en mis oídos, nadie me había dicho nunca estas cosas. En aquel momento dejé de sentirme huérfano. Lo único que quería era unir mi “sí” al de Carrón, porque me sentía arrastrado desde mi nada hacia algo que no me esperaba. Y siento que he ganado mucho más que el ciento por uno. Pero los desafíos no han disminuido, por ejemplo en la universidad. Tengo un profesor de Estadística que ha escrito muchos libros, que ha leído mucho. Él sabe que soy cristiano, y un día me dijo: «Tú eres cristiano, crees en Jesucristo, al que no has visto. Para ti el cristianismo es simplemente una muleta». Y yo le dije: «Bueno, será mi bastón, pero yo me estoy moviendo; usted en cambio no tiene un bastón y está quieto, estancado». En aquel momento estaba ligeramente enfadado y me dijo: «Pero, tú eres joven, negro, africano. ¿Cómo te permites expresarte así?». Yo le dije: «Tengo veintitrés años», y él: «¡No puede ser!». Le dije: «¡Tengo veintitrés años!». Se enfadó y se fue. Al

día siguiente, el profesor mandó a un compañero de curso, uno que era muy rico y tenía coches estupendos, para decirme que había un trabajo para mí, un trabajo de Estadística en Dubai, me darían un buen sueldo, siete “vírgenes”, un despacho bonito. Me dijo: «Mira, no dejes escapar este trabajo». Yo empecé a preocuparme: «Pero, ¿cómo es posible? Me ofrecen “vírgenes”, me dan dinero...», no entendía lo que estaba pasando y me preguntaba: «¿Cómo es que me ofrecen esto a mí?». También se lo habían ofrecido a otros, que se marcharon allí a trabajar. Yo rechacé el trabajo y me dijeron que estaba loco. Al día siguiente llegué tarde a clase, y el profesor estaba ya allí; me miró fijamente, estaban todos callados, y me pidió que le señalara a la chica más guapa de la clase. Le dije: «Todas son guapas, no soy capaz de elegir a una». Él me dijo: «Entonces, no entiendes de mujeres». Yo le respondí: «No tengo necesidad de elegir». El profesor era un hombre casado, llevaba una alianza, y yo le dije: «Usted me está haciendo esta propuesta, usted que es un hombre casado. ¿Acaso es usted feliz en su matrimonio?». Hablaba delante de la clase, como estoy hablando ante vosotros. Él me dijo: «Has ido demasiado lejos. No puedes preguntarme por mi matrimonio», y dio por terminada la clase en ese momento. No estaba contento conmigo, y me preguntó de qué estaba hecho yo. Dijo que haría saber al resto de profesores que yo no estaba bien, que me faltaba un tornillo. Yo le dije que no me faltaba nada, que estaba perfectamente, que era completamente humano.

ROSE BUSINGYE. Después de la muerte de don Giussani, parecía que mi mundo se había acabado. Cuando Carrón le sustituyó, como yo me fiaba de don Giussani y obedecía, no tuve ningún problema; sin embargo le miraba como el sustituto, el nuevo jefe, y nada más. Luego Carrón vino a Uganda, al Meeting Point International, y habló a una multitud de enfermos y de jóvenes, éramos por lo menos trescientas personas. Un día después de su intervención, vino a verme Luigi todo sudado, un joven que había estado en ese encuentro, y me dijo: «Mirando a este hombre, me he dado cuenta de que no estoy bautizado». Yo le dije: «¿Cuándo y cómo le has mirado?». Como le conocía desde hacía tiempo, pensé: «Bueno, es africano, se le pasará».

Entonces le dije: «Venga, lo pensaré y buscaré a alguien para que te prepare». Él se fue un poco enfadado. Al día siguiente llegó otro chico que vino caminando desde lejos hasta mi despacho, y me dijo: «Mira...», y se puso todo serio. «Ese hombre, el del otro día, ¿cómo se llamaba? Ése que vino el otro día... Mira, necesito recibir el bautismo». Entonces me dije: «Carrón ha hablado, yo también estaba allí, estaban todos los adultos del movimiento. ¿Qué ha dicho que nosotros no hayamos escuchado?». Le dije lo mismo al segundo chico: «Venga, vete, ya pensaré algo». Pero cuando terminó la semana, cinco chicos me habían pedido lo mismo. Entonces les junté en el despacho y les pregunté: «Vamos a ver, decidme una palabra, una frase que os haya impresionado». No me decían nada, ni una palabra de lo que había dicho Carrón, pero todos me pedían lo mismo. Entonces le dije a una amiga que estaba en Uganda: «Mira, inténtalo tú. Estoy convencida de que dentro de una semana habrán desaparecido»... Yo les había invitado a la Escuela de comunidad, venían y luego desaparecían, y pensaba que ahora sucedería lo mismo. Esa amiga mía empezó con Mauro: cuando volvían a casa estaban todos entusiasmados, y ella me decía: «Estos chicos son excepcionales, yo me ocupo de ellos». Entonces fui a buscar los apuntes que había tomado en el encuentro con Carrón, pero allí no se había dicho ni una palabra del bautismo. Mientras yo estaba allí buscando las citas de Carrón, los apuntes, ellos ya iban por delante. Por ejemplo: hemos hablado durante muchos años de la caritativa. Pues bien, un día decidieron ir a la cantera para cantar cantos alpinos a las mujeres que pican piedras, y las mujeres, con sus martillos, lloraban conmovidas. Alguien les dijo: «Hay que traducir al inglés estos cantos alpinos, porque la gente no los entiende». Pero los chicos respondieron: «Pero, tú, italiano, ¿nos dices que traduzcamos los cantos alpinos? Cuando el Misterio nos habla, ¿en qué lengua nos habla?». Mientras yo me había quedado parada buscando las citas, ellos me habían adelantado. Uno de ellos se puso a buscar en Internet cosas sobre el movimiento, venía a mi despacho y me leía lo que don Giussani había dicho en el año 80, en el 81, y yo decía: «Don Gius habló de esto en el año 80, habló de aquello en el 70, y yo no sabía nada». En un momento dado me asusté. Pensé:

«¡Caramba! El mundo sigue adelante y yo me he quedado parada en las citas, en las frases, en los apuntes, en vez de moverme». Un día Luigi vino a verme y me dijo: «¡Rose, vamos a cantar!». Yo le respondí: «No, imposible, tengo muchísimo que hacer...». Él me dijo: «Rose, si crees que la vida es lo que tú eliges, allá tú». Yo me enfadé un poco, pero era algo que continuamente me volvía a la cabeza. El sacerdote que les había preparado para el bautismo volvió un día a casa y me dijo: «Ya me ocupo yo de ellos, yo les bautizo». Se bautizaron doce chicos, que fueron a su vez a sus escuelas para dar catequesis a otros compañeros. En un momento dado me dije: «Mira, el mundo cambia, y yo estoy ahí, buscando qué han podido ver en Carrón, qué ha hecho Carrón... pero el Misterio cambia a quien quiere, cuando quiere y a través de lo que quiere». Entonces me dije: «Yo también quiero seguirles», porque era precioso verles cantar. «Ahora no quiero quedarme atrás». Entonces empecé a mirar a Carrón, pero mirando allí donde miraba él, y dejé de mirarle como un jefe. Algún tiempo después Carrón volvió a Kampala y habló de la contemporaneidad de Cristo. Cuando llegó yo dije: «Ya no quiero quedarme atrás; los demás están contentos, felices, y yo me he quedado anclada en las palabras». También yo le vi hablar, y al mirarle, escuchando lo que estaba diciendo, mirando donde él miraba, yo cambiaba. Es como si se volviese mío aquello de lo que estaba hablando; lo que estaba mirando se hacía una sola cosa conmigo, y esto me unía a Carrón. Ahora ya no le miro como el “jefe” Carrón, sino como un compañero de camino. Ya no me interesa Carrón como “jefe”: mientras los chicos miraban aquello a lo que miraba Carrón, yo me había quedado parada, preocupada por organizar. Ahora mi mirada se fija allí donde mira Carrón, y mientras fijo ahí la mirada, mientras miro a donde mira él, me convierto en una sola cosa con aquello que me une a Carrón.

Lunes 30 de agosto de 2010, por la mañana

1. EL DRAMA DEL “YO”

«No fue por los treinta denarios, sino por la esperanza que él, aquel día, había suscitado en mí»²⁵. La verdadera lucha se ha introducido en la historia –se introdujo en el corazón de Judas y se introduce en el corazón de cada uno de nosotros– desde el momento en que Alguien suscitó esa esperanza. Y no debemos confundirnos: el problema no son los treinta denarios; la naturaleza de la lucha es «la esperanza que Él había suscitado en mí». Judas podía estar allí, en el grupo de los discípulos, y no secundar aquella simpatía inicial. Y entonces el corazón se vuelve «de piedra». Por dentro, no exteriormente. ¡Es tremendo! Y esta lucha –todos lo sabemos– es una lucha personal que tiene una dimensión social y cósmica, porque todos conocemos las consecuencias que derivaron de ese “no”, de ese corazón de piedra.

Por eso estoy muy contento del día de ayer, porque creo que hemos empezado a entender cuál es la dimensión verdadera de la palabra que dijimos el primer día, “conversión”: no es un asunto intimista; sucede en el corazón del “yo”, porque no hay más drama que el que sucede en el “yo”, el drama que cada uno de nosotros vive con el Misterio. Pero este asunto personal tiene un relieve, un alcance social, cultural, cósmico, y no debemos confundirnos sobre cuál es la lucha que está en juego hoy y siempre. Muchos de vosotros lo dijisteis ayer: pienso en Cristina, que debe decidir ante lo que alguien le ha propuesto, o en Rose, que debe ponerse en movimiento ante lo que le ha sucedido a sus chicos, o en Chris, que debe dejar entrar esa mirada que le permita recobrar, o lo que nos ha testimoniado Marta, porque el tipo de lucha en el que nos hallamos inmersos es contra un poder que quiere reducir la persona y esa esperanza que Él ha suscitado en nosotros. La lucha es entre la esperanza que Cristo, dentro de Su presencia

²⁵ C. Chieffo, «Monólogo de Judas», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 345.

histórica, ha suscitado en nosotros, y este poder. Debemos decidir. La conversión es ceder a este atractivo, pues de otro modo nuestro corazón se vuelve de piedra. Nos lo recordaba muy bien ayer Marta con ese pasaje de Havel sobre el vendedor ambulante de fruta: lo que amenaza al poder es un gesto casi banal, que puede pasar inadvertido, el gesto de libertad de un hombre. La lucha se produce a este nivel y tiene, como todo, un alcance social, porque no podemos decidir nada sin que esto tenga una repercusión social. Ésta es la lucha que vemos en la Iglesia, es la lucha que vemos en el mundo; no se da sólo en nosotros o en la Iglesia, sino que la vemos en muchas personas con las que nos encontramos, pensemos en el Meeting, personas cuyas vidas conocemos, que no son ni siquiera cristianas, pero en cuyos corazones está sucediendo la misma lucha por esa esperanza que –a través de nuestra presencia sencilla– Otro ha suscitado en ellos.

2. “COMUNIÓN” Y “LIBERACIÓN”

Para afrontar esto, para ayudarnos a comprender esto, quiero partir de dos hechos sucedidos durante la Escuela de comunidad de este año y que me han dado mucho que pensar.

Un día intervino una persona y dijo: «Planteo esta premisa: he vivido estos últimos años con una gran dificultad, a causa de una situación que se había producido en mi trabajo y que, después de treinta años, me ha llevado a tomar la decisión de dejarlo, de marcharme. Naturalmente, ahora me encuentro con que tengo que buscar un trabajo nuevo, cosa que en este momento, y con casi cincuenta años, no es nada fácil. Sin embargo, mi problema no son las circunstancias, sino la forma que he tenido de vivirlas, porque en todo este tiempo me he sentido un poco ahogado, y he perdido también en cierta medida el gusto de vivir. En la lección de los Ejercicios del viernes por la noche, dices en la página 8: “Si no se produce un cambio en la forma de percibir y de juzgar la realidad, quiere decir que la raíz del ‘yo’ no ha sido penetrada por novedad alguna, el acontecimiento cristiano se ha quedado fuera del ‘yo’”. La semana pasada hubo un encuentro con el padre Aldo; cuando contó un drama que había vivido, yo percibí que se parecía a lo que yo estaba viviendo: me escandalizaba mi falta de gusto por la vida.

Aunque era del movimiento, aunque estaba rodeado de la gracia de un montón de gente que me quiere, yo no conseguía perdonarme a mí mismo este escándalo ni confesarlo abiertamente, hasta el fondo, ni siquiera a los amigos más queridos. En un momento dado, el padre Aldo dijo: “Yo he cambiado después de muchos años, en los que pedía incluso morir, cuando he empezado a mirarme a mí mismo no como me miraba yo, sino como me mira Dios”. Había escuchado al padre Aldo otras veces, incluso este año, pero siempre salía de los encuentros diciendo: “Él es santo, yo no”. En cambio, esta vez salí del encuentro y me dije: “Si es posible para él, ¿por qué no lo va a ser para mí?”. Él había tocado realmente la raíz de mi ser, y yo tuve la experiencia de sentirme liberado. Me desbarató completamente pero no me destruyó a mí, sino al moralismo y al escándalo que tenía por mi pecado, hasta el punto de que al día siguiente, lo primero que hice al levantarme fue decirle a mi mujer: “Nuestra relación debe volver a empezar, debemos aprender a mirarnos como nos mira Dios”».

Esta intervención me impresionó muchísimo (ya lo dije aquel mismo día en la Escuela de comunidad), porque podemos, al igual que esta persona, estar durante años dentro del movimiento y no mirarnos como nos mira Dios, ni siquiera tomarlo en consideración, ahogándonos porque nuestra mirada es como la de todos, porque no llega a tocar la raíz de nuestra persona, de nuestra forma de percibirnos a nosotros mismos y a las circunstancias. Es más, ¡luego nos lamentamos de que no cambia la raíz de nuestra persona, de que no cambia nada, de que nos ahogamos en las circunstancias! Lo que le ha liberado es que esta vez alguien le ha mostrado el camino; el padre Aldo le ha comunicado la hipótesis de un camino para que él pudiese empezar a hacer experiencia de lo mismo que el padre Aldo le testimoniaba.

Dos semanas después, en otro encuentro, intervino otra persona y dijo: «Como soy algo lento, me gustaría volver sobre la intervención que hizo una persona que tenía problemas, y que había escuchado al padre Aldo que decía: “Aprende a mirarte como te mira Dios, y no como te miras tú”. Yo tengo un problema con esto. Mi mujer siempre me reprende porque dice que tengo que rezar más, que tengo que pensar más las cosas, que tengo que hacer más silencio, pero a mí

me resulta muy difícil imaginar cómo me mira Dios. ¿Qué quiere decir “como me mira Dios”?». Luego citaba una entrevista en la que el padre Aldo decía que lo que había hecho que Cristo se volviese concreto había sido la forma con la que le había mirado don Giussani, que se lo había llevado a vivir consigo y le había acompañado: Cristo se había convertido de este modo en una presencia concreta. Y añadía: «Si pienso en mí mismo, me doy cuenta de que no soy capaz de mirarme como lo hace Dios. Reconozco que Dios me ha dado un don inmenso, que es esta mirada de don Giussani, que ha sido reconocida como carisma. En un texto del *Équipe* [que luego retomaré] dice que el movimiento no es nada, es algo efímero sin la Iglesia; y la Iglesia no es nada sin Cristo. Cristo es el centro. Pero sin el movimiento y sin la Iglesia yo no sé qué es Cristo. ¿Por qué digo esto? Porque este don se llama Comunión y Liberación». Y luego contaba que en su grupo de Fraternidad la gente se lamentaba continuamente de que no experimentaba la liberación. Entonces empecé un diálogo con él: «En tu opinión, ¿por qué no llega esa liberación?». Me respondió: «Es como si nos quedásemos en resaltar que esta liberación tarda, sin plantearnos el problema de que es “comunión y liberación”, es decir, que el decaimiento se produce al nivel de la capacidad de comunión, que es la pertenencia. Don Giussani dice: “Cuando descubres esta modalidad que te ha aferrado, nace una afinidad. Vivir es ir detrás de esta afinidad, en esto consiste la comunión”. Yo creo que nosotros nos entretenemos a menudo en lamentarnos por la falta de liberación, y nos olvidamos de que el problema es la comunión».

La falta de liberación se debería, entonces, no a lo que había dicho el padre Aldo o su “seguidor” –un trabajo de identificación con la forma en la que Dios me mira, tras haber encontrado esta mirada–, sino a una falta de comunión, es decir, al hecho de no estar dentro de una comunión. Entonces yo seguí provocándole: «Y, en tu opinión, ¿por qué falta esta experiencia de comunión? ¿No estáis todos juntos en la Fraternidad?». Podríamos decir también: ¿No estamos todos juntos en la compañía, en la comunidad? Entonces, ¿por qué? Aquí está la clave: ¡Porque hay una forma de vivir la comunión que no lleva a la liberación! Y éste es un dato que reconocemos en nuestra

experiencia. Él me respondió: «La razón es que nos cuesta mucho que esta pertenencia se convierta en un juicio real». Le dije: «Perfecto, ésta es la cuestión. ¿Por qué falta este juicio real? ¿Por qué no afecta al “yo” este juicio real?». Respuesta: «Yo creo que es porque nos cuesta percibir que todo se nos ha dado ya en el movimiento». Y yo: «Pero, si todo está ya dado, entonces no falta nada. Entonces la pregunta es: ¿Por qué muchas veces esta comunión no nos libera? Yo comprendo que podamos estar juntos y seguir diciendo que es difícil imaginar cómo me mira Dios, y es verdad, es difícil imaginar cómo me mira Dios; pero sólo antes del encuentro, sólo antes de que tú te encontrases con la mirada de don Giussani, sólo antes de que esta mirada te aferrara por completo. Antes del encuentro sí, pero después del encuentro no. Es decir: si volvemos al mero sentido religioso, a antes del acontecimiento de Cristo en nuestra vida, entonces no podemos imaginar cómo nos mira Dios. Pero Zaqueo [ponía este ejemplo, que luego encontré leyendo a don Giussani] comprendió cómo había sido mirado, san Pablo comprendió cómo había sido mirado, la pecadora comprendió cómo había sido mirada, y por eso pertenecen a ese lugar que se llama comunión. Esto genera la comunión y genera la liberación. Podemos seguir hablando de la comunión, podemos seguir estando juntos sin que el juicio real, sin que la mirada que se ha desvelado en el encuentro haga mella en nuestra persona y en nuestra forma de mirar, y esto se ve por el hecho de que la liberación no llega. Por eso no basta con estar juntos para vivir la comunión cristiana; es necesario que nuestro estar juntos esté completamente impregnado por la novedad del encuentro, es decir, por el juicio, por la mirada que nos ha alcanzado, por la que pertenecemos a esta comunión y por la que este lugar es un lugar de comunión».

Y luego añadía yo un segundo punto: «Este dejarse abrazar no es un hecho mecánico. Si cada uno de nosotros no se deja abrazar cada día, no reconoce aquello que ha encontrado, si no se vuelve suyo (memoria, esto se llama memoria), esa mirada desaparece de su horizonte y, en un momento dado, le lleva a decir que no sabe cómo le mira Dios. Y en el momento en que ya no sé cómo me mira Dios, ya no hay liberación. Y esto puede suceder perfectamente: podemos vivir durante años dentro

de este lugar, que podemos seguir llamando comunión, sin el juicio que genera la comunión. Por eso, la persona que habló en la Escuela de comunidad se quedó tocada por el padre Aldo, porque el padre Aldo testimoniaba –como cada uno puede testimoniar de sí mismo– que durante años había vivido todas las situaciones sin mirarse como le miraba Dios, y que el cambio se produjo cuando aceptó empezar a mirarse como le miraba Dios, como había sido mirado. Había sido mirado por don Giussani, de lo contrario no habría salido a la luz el problema. Pero el paso de conciencia del padre Aldo fue que, en un momento dado, empezó a mirarse como le había mirado Dios, es decir, como había sido mirado por don Giussani. Si le impresionó el padre Aldo fue porque le hizo comprender lo que le faltaba, porque le aportó claridad sobre el camino que tenía que hacer. Por eso se sintió liberado. Nosotros –como dijimos en los Ejercicios– nos olvidamos con frecuencia de que las cosas (también esta mirada, por tanto) sólo llegan a ser mías a través de mi libertad. Este juicio llegará a ser mío, esta forma de mirar llegará a ser mía si pasa a través de mi libertad. Que mi libertad necesita permanentemente un lugar es algo que está fuera de toda duda: nosotros no conseguiríamos mantenernos ante este juicio con nuestra libertad si no existiese un lugar. Es necesaria la permanencia en el lugar que lo ha generado, pero sin mi libertad nunca será mío. Si cuando la vida aprieta, si cuando uno que no se soporta a sí mismo no siente la necesidad de volver a esa mirada que le libera, ¿cómo podrá experimentar la liberación?».

Vemos aquí un ejemplo de lo que decía en los Ejercicios de la Fraternidad: nosotros seguimos contraponiendo acontecimiento y comunión a trabajo, iniciativa, libertad; de este modo nunca llegará la liberación, porque nunca llegará a ser mía. Pero no cambiéis el hecho de que tenga que pasar a través de mi libertad por el moralismo, por favor. Muchas veces, cuando llega el momento en el que debemos hacer algo, ponemos enseguida el sello de moralismo, y de este modo justificamos nuestra pereza para movernos, para cambiar. Y entonces desembocamos en esta alternativa mortal: o es automático o es moralista, es decir, no existe la libertad. Pero rezar el *Angelus* o dejar entrar esta mirada, ¿es acaso moralismo? ¡No! Se llama memoria.

3. EL INSTANTE PREVIO

Para aclarar este punto, he decidido leer junto a vosotros la síntesis de don Giussani en un *Équipe* del CLU de 1986, contenida en *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987).

En este texto, Giussani parte de la observación del momento que está viviendo el movimiento, de la diferencia entre 1986 y lo que había sucedido en 1968: «Ante todo, el primer factor, muy valioso, que hay que poner de manifiesto es que, aunque esté algo atontada o confusa, o bien de todo asombrada, nuestra conciencia está profundamente anclada, inscrita en una estima por ese acontecimiento que llamamos movimiento. ¿Recordáis cuando hablábamos este verano del “instante previo” que me determina luego en la acción? [Atentos al ejemplo] Para el joven que ha vislumbrado desde la otra acera la silueta fascinante de una joven, hay un instante, antes de lanzarse a seguirla, en el que dice: “¡Qué guapa!”. Pues bien, estoy hablando de ese instante. Pero nosotros hemos hecho otra comparación más seria, la de Zaqueo, antes de bajar del árbol y correr hacia su casa. El pasado mes de agosto os invité a identificaros con ese momento [antes de bajar del sicomoro] en el que él se percibió mirado, en el que se percibió como invadido por una luz nueva, por una sensibilidad nueva, por una emoción que determinó de forma distinta todo su horizonte»²⁶. El instante previo: lo que sucede en ese instante no lo podemos evitar, no lo podemos controlar, gracias a Dios. Por tanto, el punto decisivo es este instante previo, esta esperanza que ni siquiera Judas pudo evitar que fuera suscitada en él. En ese primer instante –como dijimos en los Ejercicios– el conocimiento y la libertad se juegan a la vez. Nuestro conocimiento no es neutral, nuestro conocimiento pone siempre en juego la libertad.

Prosigue Giussani: «Cuando hablo de estima predominante por la experiencia del movimiento, por este acontecimiento que es el movimiento, hablo de algo que genera una actitud parecida a la de Zaqueo antes de bajar del árbol, parecida a la del chico antes de lanzarse a seguir a la joven. Y esto es fundamental. Yo digo a menudo que nuestra libertad se juega, mucho más que en las elecciones

²⁶ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987), op. cit., p. 40.

particulares, en una opción fundamental, en el sentido de que las opciones particulares revelan una elección fundamental, la elección ante la realidad como tal: una opción de simpatía hacia la realidad, tal como la naturaleza nos empuja a hacer, por ejemplo a través del instinto de la curiosidad, o bien la opción opuesta, por la que uno se defiende de la realidad tapándose la cara con el brazo. En este claroscuro profundo [en el centro mismo del “yo”, en donde se libra la lucha], casi en el límite del subconsciente, se decide la actitud que luego asumimos ante Dios, el padre y la madre, la novia, los hijos, los amigos, el libro, los acontecimientos, las plantas, la luna, todo. Esta apertura simpatética, este crédito inteligente –en un sentido todavía incompleto, intuitivo– hacia el valor que el movimiento encierra y porta, hacia lo que hay entre nosotros (y lo que hay entre nosotros es la verdad), esta premisa o comprensión previa, esta simpatía previa o este “instante previo” positivo, resulta decisivo»²⁷. Y añade algo que le puede pasar a todos, sobre todo a nosotros: «Demasiados adultos, que participaron en nuestro movimiento y tal vez sigan en él, carecen de esto. Y cuando falta esto, el movimiento es una cosa entre otras, un añadido, al igual que, para la mayoría de los cristianos guiados por los “oficiales”, es decir, por el clero, Cristo y la Iglesia son una cosa entre las demás, respetabilísima, la más respetable, pero una cosa entre otras. Todo el argumento de nuestra posición de fe se puede reconducir exactamente al desbaratamiento de esta yuxtaposición, porque Cristo, el acontecimiento cristiano, es “la” vida (como dijo Él mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”); por eso invade y penetra todo, da consistencia, establece la consistencia de todo. Yo creo –espero no pecar de ingenuo– que en este momento se ha confirmado esta estima en la mayoría de nuestras comunidades. Debéis comparar siempre vuestra experiencia con la de Zaqueo. En este sentido, resulta fundamental la estima por el movimiento –reconocer que el movimiento es verdadero, que es la sugerencia verdadera para nuestra existencia y para la historia–, la simpatía o el crédito confiado como punto de partida»²⁸.

²⁷ *Ibidem*, pp. 40-41.

²⁸ *Ibidem*, pp. 41-42.

4. UN DEFECTO MORAL. LA AUSENCIA DE MEMORIA

Después de haber subrayado este momento “previo” en el que, en este claroscuro al borde del subconsciente, se juega toda mi libertad, don Giussani introduce el segundo factor: «Aún así, seguimos siendo gravemente inadecuados. A pesar de este ímpetu de simpatía o de crédito –que es justo, fundamental, y por eso me da pena añadir esta segunda nota sobre el hecho de que somos inadecuados; pero esto no debe asustarnos, porque nos indica un camino, no es una objeción–, es como si en el fondo permaneciésemos inadecuados a tal simpatía. Y no se puede aguantar durante mucho tiempo esta inadecuación, no se puede tolerar por mucho tiempo sin que sea objeto de trabajo, porque, en caso contrario, incluso la simpatía se desvanece»²⁹. Por eso es una estupidez contraponer esta simpatía al trabajo que nos toca hacer. Sin ese trabajo, sin ceder a esta simpatía, la simpatía simplemente se desvanece, y entonces el corazón se vuelve de piedra. Podéis aducir todas las razones que queráis para justificar el corazón de piedra, pero no es razonable: nadie que haya visto despertar en sí esta esperanza podrá oponer objeción razonable alguna para justificar su corazón de piedra.

¿Cuál es la causa de esta inadecuación? Don Giussani afronta este tema inmediatamente después: «Esta inadecuación se produce por un defecto moral. Pretendo usar la palabra “moral” o “moralidad” en su sentido más profundo, sustancial, que es la disposición de la persona ante el Ser, es decir, ante la vida, ante la existencia como origen, consistencia y destino; dejemos “destino”, que es la palabra que resume todo lo demás»³⁰. No se reduce a la coherencia con ciertas reglas, porque esto sería moralismo: la moralidad es la disposición ante el Ser. Y para tener esta simpatía ante el Ser no se necesita una energía particular o especial de la voluntad, algo que haga que uno pueda ser santo porque tiene esta energía, mientras que yo, que soy un pobrecillo, no la tengo. La moralidad no es esto, no es la capacidad que tengo yo de ser coherente con ciertas reglas: es, ante todo, la disposición de mi persona frente al sol, a la mujer, a las montañas, a la mirada de Cristo. ¿Hay alguien que pueda levantar la mano y decir

²⁹ *Ibidem*, p. 42.

³⁰ *Ibidem*.

que le falta algo para ceder a esta mirada? Sea cual sea la situación de dificultad en la que se encuentra ahora, ¿necesita acaso alguna energía especial? Sólo necesita ceder.

Prosigue el texto, en el que se incluye una cita de Juan Pablo II³¹: «Se trata de un defecto moral, de una disposición, de una actitud de la persona que no es todavía justa, que no está bien situada ante la gran cuestión que se transmite a través del movimiento, como decía Su Santidad en el famoso discurso del 29 de septiembre –[...] “Es significativo [...] cómo el Espíritu Santo, para continuar con el hombre de hoy el diálogo comenzado por Dios en Cristo y proseguido a lo largo de toda la historia cristiana, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales”–. Un movimiento es una modalidad concreta con la que continúa el diálogo que Cristo ha comenzado con el hombre, una modalidad en la que se hace viva la presencia de Cristo, se hace cooperante, persuasiva, educativa, pedagógica y constructiva. Es una modalidad, se llama carisma»³².

Al llegar aquí, don Giussani nos explica en qué consiste este defecto moral, y éste es el punto decisivo: «Pues bien, quisiera definir este defecto moral con una palabra, con una indicación sencilla: es la ausencia de memoria. La dificultad es la dificultad de la memoria. Daos cuenta de que la memoria es el contenido de la autoconciencia del “yo” cristiano. ¿Cuál es el contenido de la autoconciencia? Es tu “yo”, tu *ego*: imagen, concepción, sentimiento de ti mismo, conciencia de ti mismo. El contenido de la autoconciencia es, naturalmente, el “yo”. Ahora bien, la memoria es el contenido de la autoconciencia del cristiano. Cuando san Pablo decía: “Vivo yo, pero ya no soy yo, sino Tú que vives en mí”, definía exactamente el contenido de la autoconciencia nueva»³³. Dicho con las palabras que hemos usado: la memoria es el contenido de la mirada, es decir, que yo tenga constantemente como contenido de mi conciencia la mirada con la que he sido mirado. Como lo fue para Zaqueo: su identidad era la autoconciencia de aquella mirada.

³¹ Se trata del *Discurso al movimiento de «Comunión y Liberación» en el XXX aniversario de su fundación*, 29 de septiembre de 1984,3.

³² L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 42-43.

³³ *Ibidem*, p. 43.

Mirad qué liberador resulta lo que añade a continuación: «En cualquier caso, he dicho que esta dificultad no es una objeción, sino la indicación de un camino que debemos hacer»³⁴. Y pensar que nosotros, cuando vemos esta dificultad, empezamos ya a alarmarnos, a escandalizarnos... Esta indicación de un camino es justamente lo que señalaba nuestro amigo con su intervención sobre el padre Aldo en la Escuela de comunidad. No lo sintió como una objeción, no se sintió reprendido. Experimentó la ternura de alguien que te dice: «Mira, si haces esto, si empiezas a mirarte como te mira Dios, si dejas entrar esa mirada, empezarás a descubrir que la vida es otra cosa». Esta dificultad no es una objeción, sino la indicación de un camino que tenemos que hacer, acompañándonos, para que no terminemos dando crédito a cualquier idea antes que a esa mirada (porque la hemos vaciado de consistencia).

La memoria es algo concretísimo, como nos enseña la Misa: «Cuando Cristo dijo en aquel momento culminante, antes de morir: “Haced esto en memoria mía”, siempre lo hemos comentado diciendo: ¿Qué significa “haced esto”? ¿Qué es “esto”? ¡Todo! Es como si hubiese dicho: “Vivid en memoria mía, vivir es hacer memoria de Mí”»³⁵. Porque uno que se ha sentido mirado así una vez, como se sintió Zaqueo, ¡querría que esto fuera para siempre! ¡Querría estar siempre bajo esa mirada llena de conmoción! Por eso, amigos, vivir es hacer memoria de Él.

5. CARÁCTER EXISTENCIAL DE LA CONCIENCIA DE PERTENENCIA

Pero, ¿en qué consiste la ausencia de memoria? Para ayudarnos, don Giussani no deja fuera nada, con esa ternura suya tan característica: «Entonces, yo querría aclarar bien en qué consiste esta ausencia de memoria, dar al menos algunos rasgos, a la espera de desarrollar el tema durante los Ejercicios y, sobre todo, confiando en que lo desarrollaréis vosotros durante el trabajo de este año. Hace años, hablé de un “reflujo de aburguesamiento”. Denominamos así a la resistencia que hay en nosotros a reconocer que la finalidad de mi persona, de mi

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ *Ibidem.*

existencia –por tanto el gusto, la utilidad de mi existencia– es Otro, es algo distinto. Tenemos una cierta analogía de esto en nuestra propia experiencia del amor: para un hombre que quiera a su esposa, el gusto por la vida coincide con su esposa y con sus hijos, el gusto y la utilidad de su vida es algo distinto. Pero es una cierta analogía, porque estoy hablando de algo cien veces más intenso, más aún, de algo totalmente más intenso, de lo que aquello es signo. El aburguesamiento es la pertenencia a uno mismo, como espero que hayáis leído (si no lo habéis hecho todavía, daos prisa en hacerlo) en *La conciencia religiosa del hombre moderno*, en donde se dice en un momento dado que sólo hay una alternativa: o el hombre se pertenece a sí mismo, pretende pertenecerse a sí mismo, o pertenece a Otro. En la cultura moderna, el hombre define la pertenencia como un pertenecerse a sí mismo: “Yo me pertenezco”, o, como recitaban los eslóganes feministas en las manifestaciones de los años 70: “¡Yo soy mía!”. Pero es imposible que el hombre se pertenezca a sí mismo. Como se dice en *La conciencia religiosa del hombre moderno*, “yo me pertenezco a mí mismo” coincide inevitablemente con “yo pertenezco al poder, a la fuerza que está en el poder”, ¡hasta tal punto es verdad que el hombre pertenece a Otro!»³⁶.

Nosotros decimos: yo soy Tú. En estas dos expresiones está contenida la alternativa, la lucha. Yo os desafío: ¿Cuándo habéis sido más vosotros mismos? ¿Acaso no ha sido cuando alguien os ha mirado con esa mirada con la que Cristo miró a Zaqueo? Es un problema de conocimiento, no de moralismo. Es un problema de conocimiento: ¿Cuándo he sido más yo mismo? Podéis revisar todo, podéis escanear vuestra vida. Si tenéis un minuto de lealtad, decid si habéis sido más vosotros mismos cuando habéis hecho lo que os ha dado la gana o cuando se ha introducido esa mirada inconfundible.

Aquí podemos comprender, como escuchamos ayer decir a Marta, cuál es la influencia del poder sobre nosotros (es curioso que Giussani use la misma palabra que utilizaba Friedrich Nietzsche: la religiosidad burguesa). ¿Qué efecto tiene el poder sobre nosotros? ¿Qué influencia

³⁶ *Ibidem*, pp. 44-45.

tiene? El poder atrofia nuestra relación con Cristo, haciendo que carezca de incidencia sobre la vida personal y social. Lo que lleva a esta situación no es una persecución, sino ante todo un conformismo. Nadie lo prohíbe, pero nadie se atreve a vivir plenamente su propia dimensión religiosa como forma de la vida entera. La influencia del poder se ve en que nosotros dejamos de desear a la altura de nuestra humanidad, de nuestro deseo de infinito: es una reducción del deseo de infinito. No es que no seamos religiosos, no es que no practiquemos ciertos gestos religiosos. Nietzsche no pensó en absoluto que la religión estuviese acabada; cuando hablaba de la muerte de Dios lo que ponía en discusión era la capacidad de la religión de mover a la persona y de abrir su mente, de hacer renacer a la persona. Nosotros vemos que pertenecemos al poder por esta reducción del “yo” que el poder realiza: nos contentamos con una forma reducida de estar juntos, y muchas veces ni siquiera se nos pasa por la cabeza pensar que falta algo. Hasta este punto nos ha asimilado el poder y nos ha reducido.

Dice don Giussani: «Para librar esta lucha cotidiana contra la lógica del poder, para vencer día a día lo aparente y lo efímero, para afirmar la presencia constitutiva de las cosas, el destino de las cosas, que es Cristo, ¡qué clase de movimiento personal hace falta! Es la persona que se hace valer ante la alienación del poder. ¡Un movimiento personal!»³⁷. Y añade: «Hace falta un cambio, este cambio es “el” trabajo de cada día»³⁸. Es precisamente lo que el Papa llama “conversión”, es decir, liberarse de los esquemas mentales del poder, cambiar nuestra mentalidad: «El cambio de uno mismo, cambio de la mentalidad (*metánoia*) y cambio del afecto. Es un trabajo»³⁹.

De este modo, podemos empezar a comprender en qué consiste ese defecto moral en nosotros: «Ante todo, se trata de la falta de un carácter existencial en nuestra conciencia de pertenencia [cada palabra de esta frase es decisiva: la ausencia de un carácter existencial en nuestra conciencia de pertenencia]. Es decir, [aunque estamos aquí] no tenemos un sentimiento fuerte de pertenencia a Cristo. Pero

³⁷ *Ibidem*, p. 194.

³⁸ *Ibidem*, p. 273.

³⁹ L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 339.

Cristo está presente en el misterio de la Iglesia, y el misterio de la Iglesia nos toca persuasivamente, pedagógicamente, constructivamente a través del movimiento [que es el terminal último a través del cual la Iglesia te toca]. Entonces, el problema es la pertenencia a esta cosa ultraefímera que es el movimiento, nuestra compañía: lo que vale no es nuestra compañía, lo que vale es el misterio de la Iglesia; y el misterio de la Iglesia es algo casi ridículo en sí mismo, porque lo que vale es Cristo. Sin embargo, si nos saltamos un paso [el movimiento], censuramos a Cristo y hacemos prevalecer nuestra propia imagen, nuestra persona [y por tanto nos olvidamos de cómo hemos sido mirados]. Se trata de una ausencia, o mejor, de una gran debilidad en el carácter existencial del sentimiento de pertenencia, de la conciencia de pertenencia [esto es lo que tenemos que comprender, y él nos ayuda a hacerlo]. Cuando cada uno de nosotros dice: “Yo” [cada uno puede observarse a sí mismo], ni siquiera en el rabillo del ojo, ni siquiera en la parte más lejana [de la conciencia] aparece la fuerza de la pertenencia a algo distinto [es como si Zaqueo dijese “Yo” sin que apareciese en el rabillo del ojo o en el último rincón de su conciencia aquella mirada que le había llenado de asombro cuando estaba subido en el sicomoro], algo distinto cuyo signo físico, efímero, es nuestra compañía, cuyo signo histórico es la Iglesia, cuya realidad es Cristo. Ahora bien, la conciencia de pertenerte, oh Cristo, la conciencia de que yo pertenezco a Tu cuerpo que es la Iglesia, la conciencia de que yo pertenezco a Tu gracia [que vale más que la vida] que se manifiesta en esta compañía, esta conciencia de pertenencia coincide con el concepto moral supremo del cristianismo, que se llama “conversión”⁴⁰.

Es impresionante la pertinencia de estas palabras. Han pasado muchos años, y sin embargo, ninguno de nosotros sería capaz de expresar mejor lo que nos falta, es decir, que este defecto de memoria es un defecto de conciencia, de conocimiento. Don Giussani pone algunos ejemplos para explicarlo: «Un niño que se encuentra solo, mira espantado todo lo que hay a su alrededor y lloriquea –o llora,

⁴⁰ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 45-46.

o grita—; pero en cuanto escucha la voz de su madre (o de su padre), corre hacia ella, se convierte, *convertit*, se vuelve hacia ella»⁴¹, y en ese momento el llanto es abrazado. El llanto es justamente lo que pone al niño en relación con su madre. Nosotros pensamos que nuestras heridas son un obstáculo. En cambio, para el niño son la ocasión inmediata de experimentar la compañía que le hace estar contento, verificando que su madre es un bien para él. No es algo abstracto, es una presencia que convierte al niño cuando entra en su horizonte: se produce la liberación.

«De modo análogo, la conversión es el reconocimiento de que “yo soy Tú”, de que yo Te pertenezco, de que pertenezco a esta realidad en la que Tú estás, que existe porque Tú estás [esto es una compañía cristiana no reducida, ¡la única compañía que nos libera!]. Por eso, a pesar de toda la fragilidad, de la contingencia, de su carácter efímero, la conversión es justamente la pertenencia a nuestra compañía como lugar [atención: lugar, no sustitución, ¡lugar!] de nuestra relación con Cristo y con el mundo a través de Cristo: la conversión es esta conciencia de pertenencia. Todo lo demás deriva de ahí, nuestra actitud hacia las cosas, las personas, hacia uno mismo, todas las relaciones se generan desde este sujeto. Mirad —veo por ahí a uno que me inspira esta comparación—, uno puede haber hecho de todo en la vida, pero si ahora, “ahora” —porque lo más imponente en la vida, como espero que estudiéis en *El sentido religioso*, es el ahora, todo lo demás es nada, el ahora “es”, *nunc*—, si ahora, en la relación conmigo mismo, contigo, con el mundo, en la circunstancia, en un grupo de gente que está discutiendo, con los amigos del colegio, con el profesor, ante una tentación grave (por ejemplo, digamos algo banal, la tentación de robar u otra cosa), si ahora digo: “No, no es justo, porque yo soy cristiano”, este testimonio que se ofrece en el presente, esta elección en el presente (como decía uno de vosotros, a tus amigos les dices: “Yo soy cristiano”, o no lo dices con la frase, pero de hecho: “Soy cristiano”) es el gesto de la pertenencia: ésta es la conciencia de la pertenencia en acto, existencialmente, éste es el carácter existencial de

⁴¹ *Ibidem*, p. 46.

la memoria»⁴². No es algo automático, amigos, es una toma de partido, es una decisión de la libertad: reconocer a Quién pertenezco ahora (podríamos estar aquí sin que nuestro estar juntos nos desafiara a hacerlo). Pero nosotros podemos –¡es tremendo!– releer estas páginas de forma reducida, hablando mecánicamente de la compañía, como si este carácter existencial de la memoria pudiese ahorrársenos, como si se me ahorrarse esta lucha, este movimiento mío personal. Ésta es la influencia del poder que me paraliza, que atrofia mi “yo”.

Puedo estar en la compañía (o en la Fraternidad, o en la casa, o en la comunidad) sin hacer nada, contraponiendo el estar en la compañía con el trabajo que hay que hacer, como si todo estuviese en regla, pero esto no me libera. O puedo, a través de mi libre iniciativa, retomar existencialmente la conciencia que se me ha dado en el encuentro. No se trata de que yo genere por mí mismo, o que deba imaginarme la mirada que me ha alcanzado, ¡no! Esa mirada con la que he sido mirado en esta compañía vuelve a suceder ahora, en el presente. Pero es necesario que yo me convierta al contenido de la memoria, que la memoria se haga presente ahora de forma existencial. Éste es el trabajo que tenemos que hacer: se llama memoria. Y es el origen de la liberación: «Esta moralidad fundamental te libera, te hace libre, libre del juicio acerca de tu capacidad (“Pero, ¿qué haré mañana? ¡No soy capaz!”). Poder decir ahora: “Seré lo que sea, pero soy de Cristo, pertenezco a esta realidad que es la Iglesia, a esta realidad que es mi compañía, yo soy de esta compañía porque es el instrumento de Cristo”, es liberador. Esta imagen fundamental de moralidad como pertenencia reconocida en el instante, como toma de partido en el momento, te libera del juicio acerca de tu capacidad o incapacidad: “Digo que pertenezco a esta realidad, si soy capaz o no ya se verá”. Y te libera también del juicio de incoherencia: “He sido incoherente hasta hace un instante”. Te libera del juicio sobre tu capacidad y te libera del juicio sobre tu incoherencia, porque en esta pertenencia tu incoherencia podrá ser corregida, reducida, y tu incapacidad podrá convertirse en capacidad para el mañana»⁴³.

⁴² *Ibidem*, pp. 46-47.

⁴³ *Ibidem*, p. 47.

6. LA VERDADERA COMPAÑÍA

Ahora bien, ¿qué puede sacarnos de este aburguesamiento, de este conformismo, de esta reducción del “yo” y ayudarnos a vencer la resistencia a pertenecer a Otro? ¿Qué puede ayudarnos a convertirnos? No lo harán los textos de la Biblia o del carisma, ni el recuerdo de algo que hemos vivido en el pasado, ni un cristianismo reducido a reglas: todo esto no es capaz de hacer presente ese atractivo que nos permite cambiar, que despierta la conciencia de pertenencia en que consiste la liberación. Nos encontramos ante el auténtico desafío que nos ayuda a reconocer cuál es la verdadera compañía. De hecho, lo que está en juego es cuál es la verdadera naturaleza de nuestra compañía, la verdadera naturaleza de la comunión, de nuestro estar juntos. No es verdadera cualquier compañía, sino aquélla que hace presente la mirada de Cristo sobre mí. Por eso no es suficiente con leer los textos del pasado. Hasta para leer los textos del pasado, como la Biblia, es necesaria la tradición, porque en la tradición vuelve a suceder el inicio. No basta con un discurso, y por eso no valen sólo los textos, no vale sólo el recuerdo, no basta decir que me lo ha dicho alguien o que «me lo dijo don Giussani». ¡No basta! ¡Lo siento, pero no basta! Y sabemos muy bien que no basta: se vive por algo que está sucediendo ahora, porque sólo algo que está presente ahora puede ser capaz de despertar de nuevo mi persona, y esto se llama “testimonio”. Nosotros estamos aquí porque hemos conocido a alguien que nos ha hecho presente la mirada de Cristo, y esto nos ha hecho comprender lo que le sucedió a Zaqueo. Éste es el valor del testimonio. El testimonio es hacer presente esta mirada. Como le sucedió a nuestro amigo con el padre Aldo.

La verdadera naturaleza de la comunión es que, a través de un juicio, a través de un testimonio, yo adquiero de nuevo en el presente esa mirada, y soy liberado de la posibilidad de reducirla: a través de ella experimento la contemporaneidad de Cristo. Si no pudiese suceder hoy la misma experiencia de Zaqueo, obviamente de un modo distinto, si hoy no pudiésemos encontrar a don Giussani de un modo distinto, ¿qué nos interesaría de Giussani? A través de esta comunión experimentamos la contemporaneidad de Cristo, seguimos haciendo la misma experiencia que hicimos con don Giussani. Cristo se hace

presente ahora, y sé que se hace presente ahora porque me libera de mi reducción, de mi lamento: experimento que Él está presente. Si Cristo no sigue estando presente como al principio –como nos enseñó siempre don Giussani– nos quedamos solos con los textos de la Biblia y con nuestras mil interpretaciones, como sucede con los protestantes, hasta que terminamos hartándonos.

Pero de nuevo, ante esta presencia de Cristo ahora, se vuelve a plantear el problema del principio, el problema del conocimiento y de la libertad, que se ponen en juego de forma simultánea. ¿Cómo puedo yo saber que permanece, que Él permanece, que permanece el carisma? Mirad lo que dice don Giussani: «*Operatio sequitur esse*, dicen los filósofos (no los literatos, que no entienden nada, ¡sino los filósofos!); *operatio sequitur esse*: la presencia de un ser se nota, se experimenta por su contenido, por el fruto de su acción, por aquello que realiza. Su presencia se hace visible, tangible y experimentable por el hecho de que cambia la vida de la gente que está en la comunidad, en la compañía. Por eso, la agudeza con la que se percibe el testimonio de uno, del otro –aunque no sean responsables–, la perspicacia con la que se percibe el testimonio, aunque sea furtivo, secreto, presente en la gente de la comunidad, es el signo más grandioso de la honestidad de la que hablábamos antes. Por el contrario, no existe dentro de la compañía mayor signo de deshonestidad que destacar en primer lugar los defectos. *Similes cum similibus facillime congregantur*. Uno percibe aquello que es parecido a uno mismo. Si predomina el mal en ti, tú te lamentarás del mal; si predomina en ti la búsqueda de la verdad, descubrirás la verdad»⁴⁴. ¡Qué sencillez se necesita, qué agudeza, qué atención, qué disponibilidad para sorprenderlo en acción! No es que no existan los defectos, pero, ¿es alguna novedad que existan? Nosotros no estamos aquí porque seamos perfectos. La única novedad posible aquí es que alguien testimonie que Él está presente, porque ésta es la esperanza incluso para mis defectos.

Entonces, cuando me dices que no Lo ves, no es que tú mientas: pero no Lo ves porque en ti predomina el mal, hasta ese punto se

⁴⁴ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, pp. 276-277.

juega la libertad en el conocimiento. Uno puede decirme: «Yo no Lo veo», y yo puedo responder: «Tienes toda la razón, no Lo ves». ¿Acaso no hacía Jesús milagros? Y sin embargo había gente que no Lo veía. ¿Os dais cuenta del drama, de la lucha encarnecida que tiene lugar? El problema no se tiene con “Carrón”, que es el jefe: la lucha no es conmigo, no os confundáis, yo no tengo nada que ver. La lucha es con lo que Dios hace a través de la realidad y de los testigos. Ahora mismo esta lucha se está produciendo por todas partes dentro del movimiento. Vemos ahora mismo en acto la misma lucha que describe el Evangelio de san Juan: «Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre»⁴⁵.

Por eso, si no vuelve a suceder el inicio, es decir, la mirada de Cristo a través de la compañía verdadera, y si nosotros no Lo reconocemos (porque puede suceder que no Lo reconozcamos), caemos en el error de vivir la compañía como algo mecánico. Si la memoria y la conciencia de pertenencia a Cristo no se vuelven algo esencial, vivimos la compañía de forma mecánica: no es que la neguemos, no es que neguemos que pertenecemos a ella, sino que la damos por descontada, y por tanto la vaciamos, pensando que sucederá de forma mecánica.

Es impresionante ver cómo, históricamente, en el desarrollo de nuestra compañía, menos de diez años después de aquel 1986, don Giussani tuvo que volver a la cuestión para corregir dramáticamente al movimiento, porque ese modo de vivir la compañía se estaba convirtiendo en una utopía. Y, ¿qué es la compañía como utopía? «Identificar la compañía como el ámbito que te asegura mecánicamente el gusto de vivir»⁴⁶, que te asegura la liberación, sin que tú tengas necesidad de convertirte, sin que tú tengas que hacer memoria. Y dice: «Ante todo, es [absolutamente] ingenuo. No tiene presente la precariedad y la brevedad de la compañía. Pero además, las relaciones humanas dan verdadera seguridad y gusto sólo como resultado de una tensión dramática en la que están implicadas la inteligencia y la libertad

⁴⁵ Jn 10,37-38.

⁴⁶ L. Giussani, *Un caffè in compagnia. Conversazioni sul presente e sul destino*, a cura di R. Farina, Rizzoli, Milán 2004, p. 129.

del hombre». ¿En qué se puede ver que la compañía se ha convertido en una utopía? «En el hecho de que una persona pone su esperanza en el automatismo de este fenómeno»: vivo en una casa, estoy en la Fraternidad, todo está en regla... ¡y un jamón! La cuestión que hemos verificado es que esto no basta porque no trae la liberación. Atención, como ya me conozco al personal, no es que Giussani, en este momento, al decir esto, quiera eliminar la compañía. ¡En absoluto! Lo que está en cuestión es un cierto tipo de compañía. Dice: «En definitiva, hay un cierto tipo de compañía que sencillamente evita la responsabilidad [es decir, la compañía que nos hacemos es verdadera si despierta nuestra responsabilidad, no si nos hace evadirnos de la responsabilidad]. Se huye de la seriedad, de la creatividad, de la fecundidad de la vida y de la tensión ideal que definen el corazón del hombre [es decir, se reduce el corazón; aquí tenemos la influencia del poder, que reduce el corazón del hombre]. En el fondo, ese mecanicismo del que hablaba hace un momento [mirad cómo lo define] es esa inmoralidad fundamental que ya describía Eliot, por la que se busca la salvación en una imagen determinada de compañía: “Ellos tratan constantemente de escapar / de las tinieblas de fuera y de dentro / a fuerza de soñar sistemas tan perfectos que nadie necesitará ser bueno”»⁴⁷. Todo está perfectamente organizado, tenemos todo, incluso la compañía, y de este modo no necesitamos cambiar nada, nadie tiene necesidad de convertirse. Pero esto –dice– es «la inmoralidad fundamental». «¡Qué miserable sería nuestra compañía si estuviese determinada por un acto alienado, por unas relaciones mecánicas y automáticas! [...] La compañía cristiana es el producto de la dimensión verdadera de un nuevo tipo de hombre: el hombre nacido del encuentro con Cristo, que, como dice san Pablo, es una “criatura nueva”. Si por dimensión se entiende la forma de mirar la realidad a partir de la conciencia que un hombre tiene de sí mismo, entonces la compañía entra en la definición del “yo” como medida de lo que existe, que es descubierto por el corazón nuevo. La cuestión no es estar solos o en grupo»⁴⁸. Ésta es la conciencia que define al “yo”.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 130.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 131.

7. EL DESEO DE CAMBIO

Ahora comprendemos lo que ha supuesto don Giussani para nosotros, cómo ha luchado contra todas estas reducciones y cómo nos ha testimoniado a Cristo presente: con una persuasión y una intensidad tales que nos ha permitido salir de esa reducción de la compañía a utopía. Él denunció esto por caridad hacia nosotros, por ternura hacia nosotros. Pero no nos basta ni siquiera el recuerdo de don Giussani, no nos basta haberle escuchado hablar, ni haber leído sus textos sucumbiendo a los análisis de las interpretaciones. Al igual que entonces, sólo la contemporaneidad de Cristo puede provocar esa conmoción que nos permite cambiar. Don Giussani decía que no bastaban los Evangelios, ¡imagínad si pueden bastar sus textos! Y «cuando sucede esto, entonces no es una compañía cristiana», continúa. «Hay dos posibilidades: o hay un maestro, un guía al que se sigue y que se convierte en educador de estos sentimientos, o bien se destruye todo, se divide todo, la compañía favorece únicamente sedimentos de grupúsculos inútiles». Un guía, estupendo. Pero, ¿qué guía? «Un educador», dice a secas, y explica: «Un hombre que ha vivido y que vive la compañía como hemos dicho hasta aquí, no puede sino mostrar a los demás cómo nace ella en él mismo. ¿Acaso no hemos definido siempre la educación como la comunicación de uno mismo?»⁴⁹. Esperemos que Dios nos conceda siempre alguien que nos eduque en esto, pues de lo contrario, todo se destruirá.

Esta contemporaneidad de Cristo ahora, a través de todo lo que sucede entre nosotros, de todo lo que estamos viendo, es la confirmación de la verdad del carisma. Don Giussani sigue estando presente no sólo porque nos acordemos de él. Es como la contemporaneidad de Cristo en la Iglesia, que confirma la verdad de Cristo. Pero don Giussani nos ofrece también el signo de la autenticidad de nuestra pertenencia a la compañía y del hecho de que esta compañía es auténtica. ¿Cuál es este signo? El signo es que se despierta en nosotros un deseo de cambio, es decir, justamente lo contrario de lo que hace el poder (que convierte todo en algo mecánico, automático): «Mirad, uno no puede decir:

⁴⁹ *Ibidem*, p. 132.

“Yo soy de Cristo, yo soy de esta compañía porque es instrumento de Cristo”, uno no puede reconocer esta pertenencia como su propia sustancia, si esto no implica de algún modo el albor de un deseo y de una voluntad de cambio [la palabra cambio implica toda la existencia humana]. No existe nada que no esté en movimiento: la palabra cambio implica toda la existencia humana; uno existe humanamente porque cambia»⁵⁰. Seamos leales con nosotros mismos: ¿Cuándo nos hemos sorprendido con este deseo de cambio en nosotros (porque no puede ser que estemos en un lugar verdadero y no surja este deseo)? Es cierto que puedo detener este deseo, puedo bloquearlo apenas nace, pero no puedo evitar, ante el atractivo de la belleza, que éste brote junto al deseo de adherirme.

Si Cristo no es contemporáneo, no hay esperanza alguna que sostenga la vida: «La esperanza debe apoyarse en un hecho presente. ¿Qué hecho presente puede ser criterio de juicio y fuente de seguridad? Es Cristo, Cristo nuestra esperanza, es decir, Cristo presente, la Iglesia, es decir, nuestra compañía en cuanto forma nuestra de participar en la Iglesia y signo de la presencia de Cristo. Éste es el hecho que permite afrontar todo, juzgar y afrontar todo»⁵¹.

¿Cuál es la dinámica de esta pertenencia que es nuestra esperanza? El hecho de haber sido elegidos. Debemos aceptar haber sido elegidos. En esto consiste la estima por Aquél al que pertenecemos. Y cuanto más lo aceptamos, mas brota el deseo, la petición, la súplica. Estima y súplica, moralidad y memoria, deseo y petición.

Don Giussani concluye –y con esto concluyo también yo– dando unas directrices operativas para profundizar en el carácter existencial de la conciencia de pertenencia.

La primera directriz es la lucha por la estima, que divide a su vez en tres: «La lucha por la estima se libra ante todo con la petición, la súplica, con mendigar esta pertenencia a Cristo: se llama “oración”. La oración, si no es petición, es intelectualismo o sentimentalismo. La oración es la petición de pertenecerle a través del instrumento histórico en el que Él se ha hecho encontrar. [...] En segundo lugar, la meditación.

⁵⁰ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 47-48.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 50-51.

[...] Después de haber sido tocado por Cristo, Zaqueo, cuando estaba en casa con su mujer, con sus hijos, o bien cuando “contrataba” los impuestos, como siempre había hecho, porque vivía de eso, comparaba continuamente lo que estaba haciendo con aquel rostro que le miraba, con ese horizonte nuevo de luz que se había instaurado en él: esto es la meditación.[...] Y, tercero, un entrenamiento para no tener miedo al sacrificio. Porque amigos, si yo estimo aquello a lo que pertenezco, si yo pertenezco, quiere decir que debo abandonarme a mí mismo de algún modo: “El que se pierde se encuentra”, “el que se pierde por mí se encuentra”, dice Jesús»⁵².

La segunda directriz coincide con el juicio: «Esto es fundamental. Paul Bourget, autor de finales del siglo XIX, decía al final de una novela: “O el hombre actúa como piensa o termina pensando como actúa”. Por eso, a la larga, [...] el problema es el juicio, el ejercicio del juicio»⁵³, es decir, una experiencia completa, una verificación total.

Si nosotros aceptamos convertirnos, podremos llegar a ser un bien para los demás, para la Iglesia y para la sociedad. En este momento en el que tratan de hacer un mundo sin Jesús –aunque no lo consiguen totalmente, porque existe siempre una grieta que indica que es un intento fallido–, la humanidad está necesitada en su ilimitada debilidad mortal, y espera nuestro testimonio. En la medida en que asumamos la mirada distinta de Cristo sobre nosotros y vivamos una humanidad más completa, podremos responder a este grito de la humanidad y del mundo de hoy. De hecho, la gracia se nos ha dado para todos.

⁵² *Ibidem*, pp. 53-54.

⁵³ *Ibidem*, p. 55.

Miércoles 1 de septiembre de 2010, por la mañana

Estos cantos describen nuestro drama mejor que cualquier otra cosa. «Cuando se levantaba por la mañana, todo le fastidiaba, empezando por la luz; incluso el café con leche»⁵⁴. Podemos haber tenido un encuentro cristiano, podemos haber vivido una experiencia apasionante, como la que hemos vivido con don Giussani, y levantarnos por la mañana y ver que todo nos fastidia: «El Señor desde el cielo le enviaba muchos regalos; él casi ni los miraba, más aún, a veces se lamentaba»⁵⁵. También en nosotros puede prevalecer el lamento como sentimiento último de la vida y de nosotros mismos. Sólo si miramos sin miedo nuestra humanidad, nuestra experiencia humana tal como es, podremos conovernos, como dice *I Wonder*: «Mientras paseo bajo el cielo», en esta situación que hemos descrito, puedo experimentar el asombro: «Me maravillo de que Jesús el Salvador viniese para morir por la pobre gente hambrienta como tú y como yo»⁵⁶. No hay nada que pueda hacerte experimentar la pertinencia de esta afirmación como el fastidio que sientes, como la incapacidad para salir solo de ahí. Este fastidio y este lamento se nos dan a cada uno de nosotros para comprender quién es Cristo, porque «nosotros no

⁵⁴ C. Chieffo, «L'uomo cattivo», en *il libro dei Canti*, Jaca Book, Milano 1976, p. 292. (Era un hombre malo, / pero malo, malo, malo, / y aunque era tan malo, / el Señor le salvó. // Cuando se levanta por la mañana, / todo le fastidiaba, / empezando por la luz; / incluso el café con leche. // Pero un día se preguntó quién era / el que le daba la vida, / un día se preguntó quién era / el que le daba el amor. // «¿A quién le importa la vida? / ¿A quién le importa el amor?». / Él repetía estas cosas, / pero le dolía el corazón. // Y el Señor desde el cielo / le enviaba muchos regalos; / él casi ni los miraba, / más aún, a veces se lamentaba. // Pero un día... // Pero un día vio a un niño / que le sonreía, / vio el color de las uvas / y a su abuela que rezaba. // Y vio que era malo, / que estaba manchado de negro; / puso una mano sobre su corazón / y lloró casi todo el día. // Y Dios lo vio y sonrió, / le quitó su dolor, / le dio todavía más vida, / le dio todavía más amor. // Era un hombre malo, / pero malo, malo, malo, / y aunque era tan malo, el Señor le salvó. // La, la, la...).

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ «I Wonder», en *Cancionero*, op. cit., p. 443. (*I wonder – Me maravillo. Mientras me paseo bajo el cielo me maravillo de que Jesús el Salvador viniese para morir por la pobre gente hambrienta como tú y yo, mientras me paseo bajo el cielo me maravillo. / Cuando María dio a luz a Jesús estaba en un establo con los reyes, los granjeros, los pastores y todos los demás. Y desde lo alto del cielo divino descendió la luz de una estrella y a todos recordó la promesa de los siglos. / Si Jesús hubiese querido cualquier minúscula cosa, una estrella en el cielo, o que un pájaro volase, o que todos los ángeles de Dios cantasen en el cielo, sin duda lo hubiese podido obtener, porque Él es el Rey).*

sabemos quién era»: si no vuelve a suceder esto, no sabremos quién es Jesús ahora. Pero cuando empezamos a preguntarnos quiénes somos y quién nos da la vida, es decir, a tener conciencia de nosotros mismos, entonces empezamos a darnos cuenta de lo que sucede: «Vio el color de las uvas» y «un niño que le sonreía». Entonces «puso una mano sobre su corazón y lloró casi un día entero». Esto es lo que le permite al Señor darnos todo: «Y Dios lo vio y sonrió, le quitó su dolor, y le dio todavía más vida, le dio todavía más amor»⁵⁷.

¿Cómo se produce este drama hoy en día? ¿Cuáles son las connotaciones de esta lucha? Nos dice don Giussani: «No se puede “archivar” la realidad porque ya nos lo sabemos todo o lo tenemos todo. Es verdad que lo tenemos todo, pero sólo comprendemos qué es este “todo” en el impacto, o mejor dicho, en el encuentro con las circunstancias, las personas y los acontecimientos. No debemos archivar nada, ya lo he dicho antes, ni censurar, olvidar o renegar de nada. Nosotros comprendemos qué quiere decir ese “todo” que tenemos, la verdad que tenemos, que llevamos en nosotros [...], lo comprendemos sólo afrontando los problemas y haciendo un juicio, por tanto, sólo a través de los encuentros y los acontecimientos, a través de un encuentro –identificando esta palabra con la relación con las personas– y juzgando los acontecimientos»⁵⁸. En el encuentro con Cristo nosotros hemos recibido todo. Nos lo recuerda san Pablo con esta frase que despeja todas las dudas: «En vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. De hecho, no carecéis de ningún don»⁵⁹; se lo dice a los primeros cristianos de Corinto. Ya no les falta ningún don: lo han recibido todo. Pero esto no quiere decir que se nos ahorre la realidad, como vemos por los desafíos que estamos llamados a afrontar. Éste es el alcance de la frase de don Giussani que citamos el año pasado y que ahora podemos comprender mucho mejor: «Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama; no son un factor secundario [las circunstancias son decisivas, porque nos

⁵⁷ C. Chieffo, «L'uomo cattivo», en *il libro dei Canti*, op. cit., p. 292.

⁵⁸ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 55.

⁵⁹ *I Cor* 1,6-7.

reclaman a tomar posición]. Si el cristianismo es el anuncio de que el Misterio se ha encarnado en un hombre, las circunstancias en las que uno toma posición ante este hecho frente al mundo entero son importantes para la definición del testimonio»⁶⁰, es decir, de nuestra contribución al mundo en esta situación, en esta marejada de la historia. Y, ¿cómo nos ha desafiado la realidad este año? No hay que hacer mucho esfuerzo para reconocer que el desafío más grande que ha tenido la Iglesia ha sido la cuestión de la pedofilia. Hemos visto cómo la ha afrontado el Papa (tampoco a él se le ahorra la realidad y el mal que emerge en ella). Por otra parte, hemos visto lo que nos cuesta comprender la relación entre la pertenencia y el trabajo, la comunión y la tensión de la libertad por reconocerla, la comunión y el trabajo. Todas las dificultades, las circunstancias, las objeciones y las preguntas que pueden producirse en nuestro camino son una ocasión preciosa porque nos provocan, y despiertan la pregunta con mayor potencia aún: ¿Cómo respondemos a todo esto? ¿Qué es la conversión? ¿Qué es la comunión? ¿Dónde podemos reconocer hoy cómo nos mira Dios?

El punto de partida, por tanto, es aceptar el desafío de la realidad. Ante el asunto de la pedofilia, el Papa habría podido mirar para otro lado. Yo también, ante la pregunta sobre la comunión y el trabajo, habría podido mirar para otro lado y ahorrarme el esfuerzo, porque todos podemos mirar para otro lado. Pero no está en mi ADN. Nosotros elegimos hacer un juicio sobre la realidad, porque es la modalidad a través de la cual el Misterio nos llama a responder. Si miramos para otro lado, a pesar de todas nuestras sacrosantas palabras, borramos el Misterio de la historia, y reducimos la provocación de la realidad a meros problemas organizativos. Muchos han querido resolver la cuestión de la pedofilia reduciéndola a un problema organizativo, sin aceptar el desafío que lanzó el Papa, cuando dijo que esta cuestión era la llamada más grande a la conversión que el Misterio nos hacía. Por eso, amigos, la herida que estas cosas provocan en nosotros y las preguntas que hacen surgir son decisivas para leer a don Giussani y comprender su carisma ahora. Si yo no hubiese hecho las cuentas

⁶⁰ L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61.

con las cuestiones y las preguntas abiertas en el presente, a través del camino de este año, os juro que no habría leído a don Giussani con la misma atención (como se ha puesto de manifiesto en la lección de ayer). Nosotros hemos recibido todo en el carisma, pero este “todo” nosotros lo entendemos en el choque con los retos de la vida, con las circunstancias. Y yo estoy agradecido de que no se me haya ahorrado nada, porque en caso contrario no comprendería a don Giussani, ni comprendería qué es Cristo. Vosotros, haced lo que queráis.

Por eso, la primera elección que hacemos resulta decisiva: aceptar o borrar la llamada del Misterio a través de la realidad, que adquiere la forma de problemas, cuestiones, objeciones o preguntas. Lo que me permite comprender no es una visión o una iluminación, sino –primera cuestión– dejarme herir por la realidad tal como sucede: esto es lo que me pone en movimiento al hablar con vosotros, lo que me permite prestar una atención mayor a lo que decís y a lo que leo. Como ha sucedido en estos días. Sin vuestras contribuciones, sin vuestras palabras, sin vuestros testimonios, sin vuestras reacciones, yo no habría podido leer a don Giussani con la misma inteligencia que se documenta en la lección de ayer. Por eso no es una visión, sino una pertenencia a este lugar, con la tensión por aprender y por comprender lo que nos ha testimoniado don Giussani.

Entonces, ¿qué experiencia hemos hecho juntos? Tratemos de mirarla, porque sólo en la experiencia se desvelan todos los factores que están en juego. Durante estos días –creo que todos estamos de acuerdo– hemos participado en un acontecimiento que nos ha permitido comprender mejor todo lo que hemos recibido de don Giussani, entender el alcance que tiene, y no porque hayamos hecho un análisis más profundo del texto o una discusión sobre las interpretaciones. Todo esto no habría podido darnos la inteligencia que hemos visto ante nosotros estos días.

¿De dónde hemos partido? Hemos partido de un hecho, de una constatación: existe una modalidad de estar juntos que no es comunión cristiana. ¿En qué se manifiesta esto? En que no nos libera, en que no existe liberación. Es decir: no es Comunión y Liberación. Don Giussani nos ha dicho que esto sucede por una falta de memoria, porque falta

ese carácter existencial en nuestra conciencia de pertenencia. Esto nos indica cuál es la tensión que debemos tener al estar juntos para poder experimentar la liberación: «La cuestión no es ni siquiera estar juntos, sino nuestra libertad, que se juega en esta unidad»⁶¹, la vibración con la que se pone en juego nuestra libertad. Esta tensión no es un voluntarismo que trata de producir la liberación con sus propias energías –todos nuestros intentos son insuficientes, pues vemos que la liberación no llega–, sino una tensión por reconocer la presencia de Cristo. Cuando san Pablo dice: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí»⁶², define exactamente el contenido de la autoconciencia nueva. Sin esta conciencia nueva no existe comunión cristiana, porque no dejamos entrar en nuestra vida esa mirada por la que hemos llegado a formar parte de esta comunión.

¿Cuál es la experiencia que hemos vivido con don Giussani en muchas ocasiones –me refiero a los que han tenido la suerte de conocerle personalmente–? Él nos ha testimoniado una modalidad de estar juntos que lleva dentro de sí esta tensión: podía estar comiendo, participando en un gesto o bromeando, pero era imposible estar con él y no verse desafiados, provocados. ¿Por qué? Por la tensión con la que vivía, porque estaba completamente determinado por esa Presencia que constituía su persona, que había invadido toda su vida, que dominaba en él desde que era un joven sacerdote, como hemos visto en la carta a Angelo Majò que hemos citado estos días: el pensamiento que le dominaba era ese Amor infinito y enorme que se había inclinado sobre su nada. Don Giussani nos ha testimoniado una forma de estar juntos que puede ser verdaderamente salvadora, liberadora, de modo que nuestra comunión sea liberación. Su reconocimiento de Cristo generaba un tipo de relación que nos liberaba, nos desafiaba, nos provocaba. El problema no es que estemos más o menos cerca, no es un problema de número de personas, de frecuencia de los encuentros, el problema no es la multiplicación de encuentros (más reuniones o más cenas, según el gusto personal de cada uno), ¡sino la forma distinta de estar juntos! Es la diferencia que describía ayer el padre Aldo entre

⁶¹ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 61.

⁶² *Ga* 2,20.

la forma que tenemos muchas veces de estar juntos y lo que él vive con Cleuza y Marcos, con Bracco, con Julián de la Morena. Y cuanto más vive uno, más percibe la diferencia incluso en una brizna. ¡No hace falta hacer un curso de observación, salta enseguida a la vista!

Entonces, ¿cómo permanece hoy la experiencia de don Giussani? Los testimonios de estos días nos han permitido comprenderlo mejor existencialmente. En primer lugar, a don Giussani no nos lo restituye únicamente la lectura de sus textos, como a Cristo no nos lo restituye la sola lectura de la Biblia. A don Giussani le gustaba citar a Johann Möhler, que decía: «Sin la Escritura, la forma propia de las palabras de Jesús permanecería escondida para nosotros, no sabríamos cómo hablaba el Hijo del hombre, y creo que no me gustaría seguir viviendo si no le escuchase hablar. Pero sin la tradición [es decir, sin que vuelva a suceder el inicio, sin que sea contemporáneo a nosotros], no sabríamos quién hablaba entonces, ni qué anunciaba, y [¡atención!] hasta la alegría que procede de este [Su] modo de hablar se desvanecería»⁶³. ¡Es impresionante! Hasta la alegría que hemos experimentado con don Giussani se desvanecería, se desvanece, si el acontecimiento no está presente: ya no existe la liberación.

Nos lo testimonió ayer don Pino: «Cuando salió el libro de don Giussani, del que tú, Julián, has tomado tu lección, lo leí y me entusiasmé. Hablé de ello contigo y con Prades. Pero cuando escuché ayer tu lección, sucedió algo que no había sucedido ni leyendo ni hablando con vosotros. Entonces me pregunté: ¿Qué ha sucedido? Durante la lección de ayer sucedió de nuevo esa iniciativa inconfundible, ese hecho que no es susceptible de interpretación, que ha sido comparado con el encuentro entre Cristo y Zaqueo. Toda mi persona –razón y afecto– se vio aferrada. Creo que en mi vida, en nuestra vida, el término de la lucha es lo que sucede antes, ese hecho no susceptible de interpretación, que no sucede de nuevo por muchas interpretaciones que se hagan, porque es algo que se da antes que cualquier interpretación, porque tiene una característica única: todo el “yo” se ve aferrado. En la experiencia que he hecho es evidente que lo que nos permite vivir no es el recuerdo de una presencia

⁶³ J.A. Möhler, *Dell'unità della Chiesa*, Tipografia e Libreria Pirotta e C., Milano 1850, p. 52.

grande que ha cambiado mi vida (don Giussani). No es ni siquiera el diálogo en busca de una interpretación lo que me permite vivir. Sólo esa iniciativa de Cristo que sucede ahora y que cambia mi autoconciencia, que la despierta por completo, puede restituirme la riqueza del pasado. “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Por eso –decía él– en este “ahora” nos estamos jugando la naturaleza del cristianismo. Mil lecturas –decía–, mil discusiones no producen el acontecimiento, pero cuando esto sucede en un momento preciso, a través de tu “sí” [de Carrón *ndr*], hace que se ponga de nuevo en movimiento toda la persona, todo mi deseo, toda mi espera de Cristo».

Este conocimiento nuevo tiene un origen. Dice Giussani: «El conocimiento nuevo implica, por tanto, que nos mantengamos contemporáneos al acontecimiento que lo produce y continuamente lo sostiene. Ya que ese origen no es una idea sino un lugar, una realidad viviente, el criterio nuevo para juzgar solamente resulta posible manteniéndose en relación continua con esa realidad, es decir, con la compañía humana que prolonga en el tiempo el Acontecimiento inicial: esa compañía propone el punto de vista cristiano auténtico. El Acontecimiento permanece en la historia, y con él permanece presente el origen del criterio nuevo. Quienes privilegian sus análisis o sus deducciones adoptan al final los esquemas del mundo, que mañana serán distintos de los de hoy. Permanecer en la posición del origen en el que el Acontecimiento hace surgir el conocimiento nuevo es la única posibilidad de relacionarse con la realidad sin prejuicios, teniendo en cuenta todos sus factores. Un criterio permanentemente abierto y sin prejuicios es efectivamente imposible para las solas fuerzas del hombre, pero, al mismo tiempo, es lo único que respeta y exalta la dinámica de la razón (que es apertura a la realidad conforme a la totalidad de sus factores)»⁶⁴. Solamente el acontecimiento hace posible la verdadera naturaleza de la razón, y nos hace por tanto capaces de comprender. No son sólo los textos, sino el acontecimiento presente.

Tampoco el mero recuerdo nos restituye a don Giussani, como decía Prades: «Desde hace un año han cambiado mucho mis condiciones de

⁶⁴ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 75.

trabajo, y también el tipo de relaciones que tengo. Ha habido muchos momentos duros, en los que te descubres atrapado y no consigues respirar. Entonces he intentado tomar la iniciativa. ¿Y qué iniciativa he tomado? En primer lugar, me he acordado (la memoria –hemos dicho– es el contenido de la autoconciencia) de don Giussani, de lo que ha dicho, de lo que he leído, de lo que me ha dicho personalmente en ciertas ocasiones, porque todo esto constituye un tesoro en mi vida, y si sintiese que desaparece esa relación, estaría perdido. Sin embargo, yo solo no consigo garantizarme la vivacidad, la incidencia de este tesoro, hasta el punto de que, sólo con su recuerdo, no salgo de la dificultad, no experimento la liberación que experimentaba con él, porque no consigo hacerle presente como lo estaba entonces. Yo necesito un punto de comparación en el presente. Por eso este año ha sido decisiva para mí la Escuela de comunidad y el diálogo contigo. ¿Y por qué estoy convencido de esto? ¿Por qué me persuade este parangón con un factor presente? Porque vuelve a traerme el tesoro del pasado, a don Giussani. Si yo no pudiese percibir la razón y el afecto como me enseñó don Giussani estaría acabado, pero para verlo hoy necesito una compañía que haga vivo el pasado y lo haga operativo».

Ni siquiera nos restituye a don Giussani repetir las palabras “Comunión” y “Liberación”, porque no son palabras, sino un evento. Y esto se demuestra por el hecho de que, llegados a un punto –como hemos visto– ya no sabemos ni siquiera cómo nos mira Dios, incluso después de haber tenido la experiencia de Su mirada a través de don Giussani; es como si fuese humo.

Sólo algo que sucede ahora –por eso el “ahora” es decisivo, decía don Giussani– puede hacer presente una experiencia del pasado. Éste es el valor de lo que hemos visto juntos estos días. ¿Qué lo hace presente? Una forma de estar juntos en la que vuelve a suceder el origen: es lo que tratamos de hacer cada vez que nos encontramos. ¿Qué significa «dejar entrar» esa mirada sobre nosotros que se ha desvelado en el encuentro cristiano a través de don Giussani? Desde la primera noche, desde la introducción a los testimonios, desde la forma de estar juntos hasta la lección, todo esto ha contribuido a hacerle presente. Nuestros gestos representan un paradigma de cómo

hay que estar juntos para que se trate de comunión cristiana, para que se produzca la liberación, para que suceda algo que nos libere. Cada uno puede reconocerlo mirando lo que ha sucedido estos días. No es la multiplicación de encuentros o cenas, sino la diferencia: ya comamos, ya bebamos, somos del Señor.

Pero, ¿cómo sabemos que se trata de comunión cristiana? Porque Cristo se hace presente de forma tan poderosa que resulta totalizante, como decía Prades: «La presencia de Cristo en mi vida tiene un reflejo inconfundible, y es que se trata de algo totalizante. He reconocido a Dios en la vida porque me ha abierto por completo, me ha dado la posibilidad de abandonarme totalmente. Muchas veces sentimos que los demás tienen la pretensión de entrometerse. En cambio, esta experiencia totalizante es mi salvación, mi felicidad. He sido aferrado por entero, llamado hasta lo más hondo, me interesa todo. Ésta es la pretensión totalizante: no como alguien que quiere tomar algo, arrancarme algo, sino como alguien que quiere restituirme todo, más allá de cualquier medida mía. Por eso es totalizante. ¡Ay de nosotros si el movimiento ya no fuese así, porque ya no sería divino, no sería un don del Espíritu!». El signo más evidente de la contemporaneidad de Cristo es que el “yo” vuelve a despertarse totalmente, y esto me permite una inteligencia nueva de las cosas, un deseo de cambiar, un deseo de adherirme a ese lugar que me salva; y en esto se demuestra la contemporaneidad de Cristo, porque sólo lo divino salva lo humano por entero.

Cada uno de nosotros puede ceder o resistirse a esta novedad, puede reconocerle o incluso negar Su existencia, como hemos visto en el Evangelio del ciego de nacimiento. Cuando cedemos a la presencia de Cristo experimentamos todos los signos de la comunión cristiana: la capacidad de afrontar todo sin censurar nada, la libertad, la alegría, la paz, el interés por todo. Empezamos a ver el color de las uvas y al niño que sonrío, como dice la canción de Chieffo. Todo se convierte en signo, todo nos habla, se restituye la realidad con una intensidad que antes desconocíamos. Ésta es la potencia de Cristo presente: es como si se deshiciese el núcleo duro del “yo”. Muchas veces podemos afanarnos, hacer cosas de la mañana a la noche,

y el centro del “yo” puede permanecer bloqueado. Pero no sirve cualquier cosa para desbloquearlo, lo sabemos bien. Si no existe un acontecimiento presente, el carisma de don Giussani se convierte en un recuerdo del pasado (estaremos juntos sólo por un “amarcord”⁶⁵, por una reevocación nostálgica del pasado). Pero siempre estarán los discípulos de Emaús para mostrar, para gritar a todo el mundo la diferencia entre el recuerdo nostálgico y el cristianismo: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»⁶⁶. El pasado no les había bastado para cambiar el presente, ni siquiera a través del recuerdo: «Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto»⁶⁷. La imponencia del pasado que habían vivido –y para ellos había sido conocer a Jesús en persona!– no bastaba para hacerlo presente, para desafiar las nuevas circunstancias, para llenar la vida de alegría, para llenarla de Su presencia, ni entonces ni ahora. Hace falta un acontecimiento presente. Cuando sucede, comprendemos qué significa la conversión, comprendemos a qué estamos llamados. La conversión no es un moralismo, no se trata de que yo tenga que producir algo. La conversión consiste en ceder a esta Presencia que me llama ahora, consiste en secundar mi corazón cuando lo siento arder y en reconocer a Aquél que lo hace arder, es decir, en convertirme de nuevo a ese Amor que se inclina hoy sobre mi nada.

Nosotros sabemos bien que podemos resistirnos a esto y rebelarnos. Pero no hay que asustarse de la resistencia, es más, hay que mirarla, porque ella nos da todavía más testimonio de Él: no se resiste ante la nada, sino ante algo presente, como nos ha dicho don Michele en la homilía. ¡Nuestra resistencia documenta que Él está! Esta contemporaneidad nos permite vivir ahora la misma experiencia que tuvieron Juan y Andrés, imantados por Él mientras le escuchaban hablar: ¡Es Él! Y nos permite ver que vuelve a suceder la misma e idéntica experiencia que hemos hecho con don Giussani de modo distinto, no “como” sucedió, sino “lo que” sucedió, hasta poder decir:

⁶⁵ Hace referencia a la película de Fellini que lleva ese mismo título.

⁶⁶ Lc 24,32.

⁶⁷ Lc 24,21.

«Pero, ¿quién eres Tú, Cristo, que llenas toda mi ánfora, que me tomas por entero?». Esto es lo que hace que esté presente, ¡esto es el movimiento! Y esto no deja a un lado a los amigos, a la compañía: genera una amistad completamente distinta, un tipo de relación distinta, un afecto entre nosotros distinto, por fin verdadero. Nuestra unidad, nuestra comunión se genera cuando cedemos ante Él. Como sucedió al principio, cuando cada uno de aquellos doce a los que Jesús llamó, cedieron ante Él y se generó la primera comunión cristiana. ¡La comunión cristiana nunca tendrá otro origen! ¿O nos creemos que la generamos nosotros poniéndonos de acuerdo, con una organización más aguda o una estrategia particular?

Termino retomando el testimonio de Rose, porque ha desenmascarado una confusión última, que consiste en reducir el problema a una cuestión que tiene que ver conmigo, es decir, a la relación con mi persona (porque éste sería el último escamoteo para no afrontar la verdadera cuestión). ¿Qué nos ha testimoniado Rose? «Después de la muerte de don Giussani, parecía que mi mundo se había acabado. Cuando Carrón le sustituyó, como yo me fiaba de don Giussani y obedecía, no tuve ningún problema; sin embargo le miraba como el sustituto, el nuevo jefe, y ya está. Luego Carrón vino a Uganda...». Os ahorro el relato, porque todos sabéis lo que pasó. Ella ha visto lo que había sucedido en sus chicos, cosa de la que yo tampoco me había dado cuenta, os lo aseguro. «Mientras yo estaba allí buscando las citas de Carrón, los apuntes, ellos ya iban por delante. [...] me dije: “Mira, el mundo cambia y yo estoy ahí, buscando qué han podido ver en Carrón, qué ha hecho Carrón... pero el Misterio cambia a quien quiere, cuando quiere y a través de lo que quiere”. Entonces me dije: “Yo también quiero seguirles”, porque era precioso verles cantar. “Ahora no quiero quedarme atrás”». Es decir, el verdadero desafío del Misterio no soy yo, es lo que Él hace. Por eso, podéis incluso discutir sobre mí –me importa un comino, no es mi problema, yo puedo volver a Madrid esta misma noche–, pero sería el último escamoteo para no afrontar el verdadero desafío: lo que sucede. «He empezado a mirar a Carrón, mirando a donde miraba él, sin verle ya como un jefe. Carrón volvió a Kampala de nuevo y habló de la contemporaneidad

de Cristo. [...] Yo también le vi hablar. Mirándole, escuchando lo que estaba diciendo, mirando donde él miraba, yo cambiaba. Es como si se volviese mío aquello de lo que estaba hablando: lo que estaba mirando se hacía una sola cosa conmigo, y esto me unía a Carrón. Ahora mi mirada se fija allí donde mira Carrón, y mientras fijo ahí la mirada, mientras miro a donde mira él, me convierto en una sola cosa con aquello que me une a Carrón». La lucha no es conmigo, es con Él, que actúa en medio de nosotros.

«Los verdaderos milagros fastidian a la gente»⁶⁸, dice Leif Enger. La gente tiene miedo de los milagros porque tiene miedo de ser cambiada. Pero ésta es precisamente la ternura del Misterio. ¿De qué tenemos miedo?

⁶⁸ L. Enger, *La pace come un fiume*, Fazi Tascabili, Roma 2002, p. 11.

| | |
|--|----|
| <i>Sábado 28 de agosto de 2010, por la tarde</i> | |
| INTRODUCCIÓN - JULIÁN CARRÓN | 3 |
| <i>Domingo 29 de agosto de 2010, por la tarde</i> | |
| TESTIMONIO - MARTA CARTABIA | 11 |
| <i>Domingo 29 de agosto de 2010, por la noche</i> | |
| TESTIMONIOS - LUIGI GIUSSANI, DENIS, ROSE BUSINGYE | 22 |
| <i>Lunes 30 de agosto de 2010, por la mañana</i> | |
| LECCIÓN - JULIÁN CARRÓN | 28 |
| <i>Miércoles 1 de septiembre de 2010, por la mañana</i> | |
| SÍNTESIS - JULIÁN CARRÓN | 51 |